



Esta sección habla acerca de la creación de la humanidad, la caída en el pecado y sus consecuencias.

La humanidad

A su imagen Dios creó a Adán y a Eva

Los humanos son la corona de la creación visible de Dios; eso se demuestra, primeramente, por el hecho de que a su imagen Dios creó a nuestros primeros padres. Moisés escribe: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gn. 1:26-27). Las palabras hebreas para imagen (*tsélem*) y semejanza (*demút*) son sinónimas, ambas destacan lo mismo: Adán y Eva fueron creados a imagen del Dios trino. Las tres personas divinas deliberaron y concurrieron en este acto. Se debe rechazar la idea de Andreas Osiander (vivió en la época de Lutero) de que Adán y Eva fueron creados solo a la imagen de Cristo. Jesús fue el segundo Adán, no el primero (Ro. 5:14). Jesús asumió nuestra carne.

¿En qué consistió la imagen de Dios? No consistió en semejanza física, Dios es espíritu (Jn. 4:24), y los humanos están hechos de carne y sangre. La imagen de Dios no consistió en que los humanos tienen racionalidad; aun después de caer en pecado, seguimos teniendo la capacidad de razonar, aunque oscurecida por el pecado. Pablo nos dice que la imagen de Dios consistió en: el conocimiento (Col. 3:10), la justicia, y la santidad (Ef. 4:20). La imagen de Dios consistió en el uso y disposición correctos del intelecto de Adán y Eva, de modo que tuvieron perfecto conocimiento de Dios como su amoroso Creador; también tenían perfecto conocimiento de la voluntad de Dios. Así, eran santos, su voluntad estaba en perfecta conformidad con la voluntad de Dios. También eran justos, capaces de llevar a cabo perfectamente la voluntad de Dios. Eran totalmente justos y puros en todo su ser.

Por haber sido bendecidos con la imagen de Dios, Adán y Eva tenían una inteligencia que ningún ser humano ha tenido desde la caída en pecado; eso quedó demostrado cuando Adán les puso nombre a los animales (Gn. 2:19,20). Por lo tanto, debemos rechazar la idea evolucionista de que los primeros seres humanos eran: brutos, sin capacidad de hablar, y sin valores morales. Nuestros primeros padres fueron la corona de la creación de Dios, tenían la imagen de Dios. También debemos rechazar el error de que Adán y Eva fueron creados en estado de neutralidad moral; ellos deseaban activamente solo lo que Dios quería.

Dios le dio su imagen a Adán y a Eva en el momento en que los creó, no fue un don que les fuera dado después de la creación, como ha enseñado la Iglesia Católica Romana.¹ Adán y Eva fueron creados con ella; cuando cayeron en pecado, perdieron la imagen de Dios y fueron completamente contaminados por el pecado. El intelecto humano ahora está velado, en oscuridad (1 Co. 2:14; 2 Co. 4:3) y nuestra voluntad es hostil a Dios (Ro. 8:7).



La imagen de Dios no constituyó la naturaleza humana; después de la caída en pecado, los humanos siguen siendo humanos; la imagen de Dios era algo que le pertenecía a la naturaleza humana como debería ser, y la perdieron por la caída en pecado. Es parcialmente restaurada por la conversión. El verdadero lugar de la imagen de Dios es el alma. El cuerpo es el órgano del alma, y por eso la imagen de Dios era también evidente en lo que hacía el cuerpo. La Apología de la Confesión de Augsburgo declara:

Así pues, la justicia original debería poseer, no sólo una equilibrada proporción de cualidades físicas, sino también los dones siguientes: Conocimiento más seguro de Dios, temor de Dios, confianza en Dios, o al menos la disposición correcta y poder de hacer estas cosas. Y esto lo asevera la Escritura al decir que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:27). ¿Qué significa esto sino que el hombre fue dotado de una sabiduría y una justicia que aprehendían a Dios, y en las que Dios se reflejaba, es decir, que le fueron concedidos al hombre los siguientes dones: Conocimiento de Dios, temor de Dios, confianza en Dios y cosas semejantes? (Ap II:17,18).

La Biblia enseña que los humanos perdieron la imagen de Dios por la caída en pecado. ¿Qué decir de pasajes que parecen atribuir la imagen a un hombre caído? En Génesis 9:6, el Señor dice: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre”. Santiago escribe: “Con la lengua bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a las personas, creadas a imagen de Dios” (3:9 NVI). La Biblia nos dice que la imagen de Dios, perdida por la caída, se puede renovar en los que Dios lleva a la fe. La mejor interpretación de esos dos pasajes es que describen al hombre como la noble criatura que una vez poseyó la imagen de Dios y en quien la imagen puede ser renovada por medio de la fe en Cristo.

Sobre Génesis 9:6, Lutero escribió: “Esta es la razón fundamental por la que Dios no quiere que un ser humano sea muerto por fuerza de la de la decisión de un individuo; el hombre es la criatura más noble, no creada como el resto de los animales, sino a la imagen de Dios. Aunque el hombre ha perdido esa imagen por el pecado [...] su condición es, no obstante, tal que puede ser restaurada por medio de la Palabra y del Espíritu Santo”²

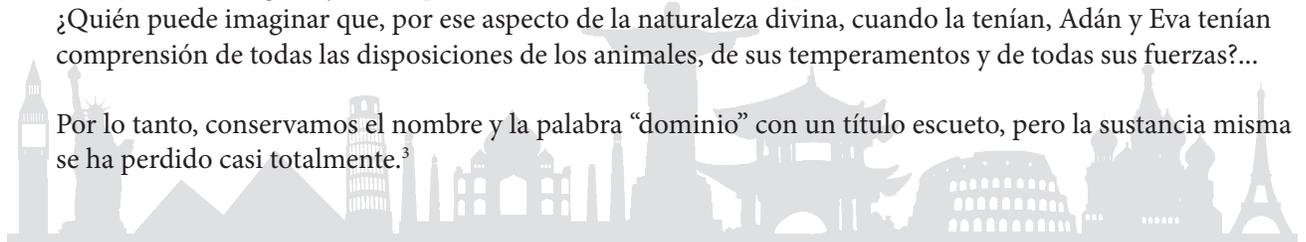
Por la imagen de Dios en ellos, Adán y Eva, antes de la caída, eran inmortales; no hubieran muerto si no hubieran pecado. La muerte entró al mundo por el pecado (Ro. 5:12; 6:23). La muerte no era parte de la sustancia material del cuerpo. La imagen de Dios les permitía a Adán y a Eva tener dominio sobre las criaturas; todas las criaturas le servían con buena disposición al hombre. Desde la caída, el hombre tiene dominio sobre los animales, pero debe hacerlo con tretas y por la fuerza. Los animales también están en rebelión contra sus antiguos amos.

Lutero observó, respecto del dominio que Dios le dio a Adán y a Eva sobre la creación:

Todos los animales y hasta la tierra, con todo lo que dio, están puestos bajo el dominio de Adán a quien Dios por un mandato verbal expreso puso sobre toda la creación animal. Adán y Eva oyeron personalmente las palabras cuando Dios dijo: “dominen”. Por lo tanto, al desnudo ser humano—sin armas ni muros, hasta sin ropas, solamente en su carne al descubierto—le fue dado el dominio sobre todas: las aves, los animales salvajes, y los peces.

Hemos perdido hasta esa pequeña parte de la imagen divina, de modo que no tenemos ni un asomo de la plenitud del gozo y dicha que derivaba Adán de la contemplación de las criaturas animales... ¿Quién puede imaginar que, por ese aspecto de la naturaleza divina, cuando la tenían, Adán y Eva tenían comprensión de todas las disposiciones de los animales, de sus temperamentos y de todas sus fuerzas?...

Por lo tanto, conservamos el nombre y la palabra “dominio” con un título escueto, pero la sustancia misma se ha perdido casi totalmente.³



Adán y Eva tenían la imagen de Dios. Claramente lo enseña Génesis 1:26,27. El hombre y la mujer eran iguales en su posición a los ojos de Dios. Las mujeres de nuevo tienen la imagen de Dios cuando Dios las convierte, como pasa con los hombres. Los encratitas, una secta gnóstica del siglo 2, negaban que Eva poseyera la imagen de Dios. Actualmente, algunos se han ido en la dirección opuesta, han hecho equivalentes el estado de igualdad con la igualdad en roles. Es cierto que Eva compartió con Adán el dominio de la creación; pero ella fue creada como ayuda para Adán (Gn. 2:18). Así, aunque Dios les dio a Adán y a Eva la imagen divina, también les dio diferentes papeles para desempeñar en la creación. Este hecho claramente lo manifiesta el apóstol Pablo en el Nuevo Testamento (1 Co. 11:9; 14:35; 1 Ti. 2:12).

Los humanos estamos constituidos por cuerpo y alma

Moisés dice que “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7). Los humanos, por tanto, estamos integrados por dos partes: cuerpo y alma. Jesús dice: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt. 10:28). Las palabras alma y espíritu, se usan indistintamente para la misma entidad. Salomón escribe: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Ec. 12:7).

Algunos han tratado de distinguir entre alma y espíritu, dicen que el alma es el principio más bajo de la vida, que los humanos tienen en común con los animales, y que el espíritu es el principio espiritual que distingue al hombre de los animales. Pero, tanto el alma como el espíritu se refieren a la misma entidad. María dijo: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lc. 1:46,47). La creencia de que los humanos están compuestos de dos partes, cuerpo y alma, se llama *dicotomía*. La creencia de que los humanos están compuestos de tres partes—cuerpo, alma, y espíritu—se llama *tricotomía*.

El alma tiene varias funciones: le da vida al cuerpo (Gn. 2:7); es inmortal. El cuerpo vuelve al polvo (Gn. 3:19), pero el alma vive después de la muerte (Ec. 12:7; Lc. 23:46; Hch. 7:59). La Escritura habla de la muerte como el momento en que el alma se separa del cuerpo. El alma les da a los humanos la capacidad racional. El salmista escribió que su espíritu inquiría (Sal. 77:6); eso indica inteligencia. El alma les permite a los humanos tener emociones; el salmista pregunta: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?” (Sal. 42:5a). Jesús dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mt. 26:38). El alma nos da la personalidad (Sal. 77:2). El alma convertida puede entrar en comunión espiritual con Dios. El alma del creyente desea cantar alabanzas a Dios. (Sal. 35:9).

Los críticos de la Biblia han dicho que las enseñanzas bíblicas sobre el alma se derivaron de la filosofía griega; dicen que el Antiguo Testamento no contenía el concepto de alma hasta que cayó bajo la influencia de la filosofía griega. Dicen que el concepto de alma en el Nuevo Testamento no vino de la revelación que Dios dio en el Antiguo Testamento, sino de la influencia de los filósofos griegos. Esos críticos cuestionan la enseñanza bíblica sobre el alma, y muchos de ellos han llegado a negar la existencia del alma.

La posición de que la enseñanza bíblica sobre el alma se derivó de los griegos, tiene dos fallas serias.

La primera es que el Antiguo Testamento contiene muchas referencias al alma; el Antiguo Testamento usa básicamente cuatro términos hebreos para referirse al alma: *néfesh*—de las más de 750 veces que aparece en el Antiguo Testamento, 326 se traduce alma en la Reina Valera 1960 (RVR)—. *neshamáh*, *nedibáh* (Job 30:15, en KJV), y *rúaj*,—que de 368 ocurrencias [378 según Strong], 222 se traducen “espíritu” en RVR.⁴ En varias versiones se habla del alma como “vida” (Jer. 38:16). Eso nos dice que las funciones por las cuales se sostiene o se fortalece la vida, vienen del alma (Jer. 31:25; Is. 55:2,3). La Biblia habla del alma como del asiento de las emociones (Gn. 34:3). El estudio de esas palabras y conceptos muestra que se encuentran a lo largo del Antiguo Testamento; muchas veces en el Pentateuco, escrito por Moisés, y muestran que Moisés entendía el

concepto de alma en el mismo sentido que lo entendieron escritores posteriores del Antiguo Testamento.

Segunda, cuando uno mira el concepto de alma en la filosofía griega, es claro que los griegos no entendían el alma y su relación con el cuerpo de la manera como la enseña la Biblia. La Biblia enseña que el alma anima (da vida) el cuerpo, que el alma es responsable de sus actos, que el cuerpo y el alma volverán a ser unidos en la eternidad, en el cielo o en el infierno. Pero Homero (poeta épico griego que se ha datado entre 1100 y 800 a.C.) dijo que el alma tiene una existencia secreta e independiente en el cuerpo; a la muerte del cuerpo, el alma se retira. No ejerce ninguna función del espíritu humano, sea pensamiento o emoción. Después de la muerte, el alma va al Hades (el mundo subterráneo), donde es incapaz de aflicción ni afecto. Esa descripción de la de la vida después de la muerte es abismalmente diferente cuando se compara con la condición de los santos en el cielo, descrita en Apocalipsis 7. Además, el concepto homérico niega la reunión del cuerpo y el alma después de la muerte.

El concepto de la inmortalidad del alma se enseñaba en el culto de Dionisio (el dios griego del vino y el teatro) en Tracia. Los seguidores de ese culto enseñaban que el alma tenía inmortalidad, pero solo por medio de sucesivas reencarnaciones (en las que el alma, después de una existencia previa, entraba en un nuevo cuerpo). El culto a Orfeo (el poeta y músico de la mitología griega) hacia el 400 a.C., consideraba al cuerpo como la prisión del alma. Los ciclos de reencarnación se consideraban, entonces, como un castigo o disciplina para el alma, hasta que se liberara del cuerpo y viviera eternamente en el dios que llena el universo. Esa posición enseña la reencarnación, que la Biblia no enseña y ciertamente condena. Además, enseña un sistema de salvación por las propias obras, y la salvación no es más que libarse del cuerpo. Cristo está perdido para todo el sistema.

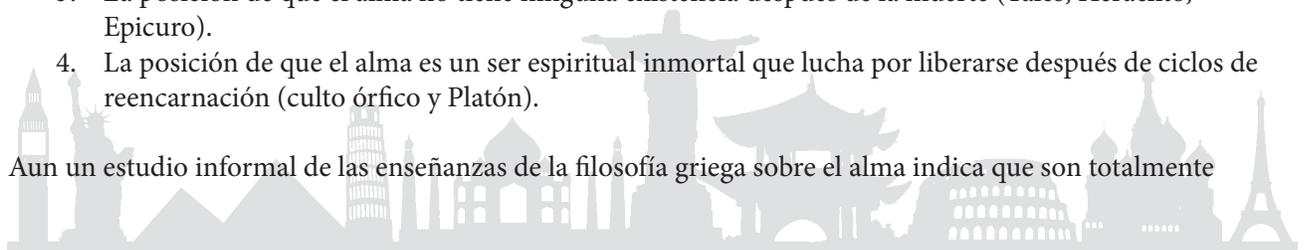
Algunos filósofos griegos concebían el alma como una simple función de los varios elementos del cuerpo o como una individualización efímera de una sustancia o fuerza primaria. Cuando terminaba la individualización, no seguía nada; no había vida después de la muerte. Sostenían esa posición: Tales de Mileto (m. 546 a. C), Heráclito (m. 475 a.C.), y Epicuro (m. 270 a.C.). Los que aceptaban esa idea no aceptaban la inmortalidad del alma; cuando uno muere, eso es todo, no hay nada más.

El concepto de Platón (m. 347 a.C.) era que el alma es inmortal y preexistente. El cuerpo es prisión para el alma. Al morir, el alma es juzgada y enviada al cielo como recompensa, o debajo de la tierra durante mil años, como castigo. Luego es obligada a entrar en un nuevo cuerpo. La naturaleza del nuevo cuerpo era determinada por la conducta de la persona en esta vida. El alma debe pasar por una serie de transmigraciones en las que puede descender a un animal o ascender a ser más noble. Inevitablemente, los malvados eran lanzados al tártaro (el concepto griego del infierno), mientras que los que fueron suficientemente buenos podían ser liberados del cuerpo y partir hacia el reino del ser puro.

Había básicamente cuatro posiciones sobre el alma en la filosofía griega:

1. La animista, que creía que después de la muerte se convertía en una sombra que tenía: pensamiento, voluntad, actividad, y poder para ayudar o causar daño a los vivos (se encuentra en Homero y Hesiodo—700 a.C.).
2. La posición de que el alma es un fantasma inconsciente, indefenso, después de la muerte (la opinión homérica corriente).
3. La posición de que el alma no tiene ninguna existencia después de la muerte (Tales, Heráclito, Epicuro).
4. La posición de que el alma es un ser espiritual inmortal que lucha por liberarse después de ciclos de reencarnación (culto órfico y Platón).

Aun un estudio informal de las enseñanzas de la filosofía griega sobre el alma indica que son totalmente



diferentes de la enseñanza bíblica. La Biblia enseña: el origen del alma, su esencia, y sus capacidades, mucho antes de que los filósofos griegos entraran en la escena. Las ideas de los griegos fueron probablemente un remanente nublado por el pecado, de lo que Dios le reveló a su pueblo en el tiempo del Antiguo Testamento. La Biblia no tomó de los griegos su enseñanza sobre el alma.

La raza humana tiene una cabeza

Toda la raza humana desciende de Adán (Ro. 5:12; 1 Co. 11:8). Eso tiene un gran significado teológico. Adán fue verdaderamente el representante de toda la raza humana; de él descendemos todas las personas; hasta Eva vino de Adán. Cuando Adán pecó, cayó toda la raza humana. Todos llevamos la culpa de Adán; la condenación que vino sobre él por causa de su pecado viene también sobre nosotros, porque todos hemos pecado en Adán. Si alguien objetara diciendo que no es justo que se nos culpe por el pecado de Adán, tendríamos que decirle que también es injusto que se nos acredite la justicia de Cristo (Ro. 5:12-19). Adán es la cabeza de la cual brotó toda la raza humana; y Adán y Eva fueron nuestros primeros padres.

La evolución niega esta verdad, enseña que los humanos descienden de los animales. Los evolucionistas dicen que hay muchas fuentes de las que descendió la raza humana. Las iglesias que han aceptado la teoría de la evolución también han rechazado el relato histórico de Adán y Eva, como nuestros primeros padres. Un moderno erudito católico romano escribió: “La posición oficial de la iglesia es que toda explicación del origen y desarrollo de la especie humana es aceptable mientras no excluya a Dios del proceso creador, y en particular, el papel de Dios en la creación del alma humana”⁵

El *Catecismo de la Iglesia Católica Romana* habla de Adán y Eva como nuestros primeros padres, pero dice también que la iglesia interpreta el “simbolismo del lenguaje bíblico, de manera auténtica”.⁶ Niega la historicidad de Génesis 3, donde dice: “El relato de la caída (Gn. 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre*. La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres.”⁷ Note que no dice que Adán y Eva fueron realmente nuestros primeros padres.

Compare eso con una declaración, hecha unos 30 años antes, en una publicación que tenía el sello oficial de aprobación de la Iglesia Católica Romana:

El autor del Génesis enseña el hecho de que Dios es el creador del mundo y de todas las cosas que hay en él. Su propósito no es enseñar *cuándo* o *cómo* creó Dios el mundo, las plantas, los animales y el hombre. No es *un historiador ni un científico, sino un maestro religioso*, que usa una forma literaria para enseñar *la verdad* religiosa de que todas las cosas deben a Dios su existencia. [Nota del autor: Note que distinguen entre verdad y hecho]. No narra los eventos en orden cronológico ni de manera científica, simplemente enseña a gente corriente, en lenguaje familiar para ellos, que Dios creó todas las cosas y que descansó el sábado. Los católicos *no necesitan aceptar la interpretación literal de “día” como “24” horas*. El escritor presenta la historia de la salvación y no *historia en el sentido moderno* del término. Puso los eventos en el marco del día judío de 24 horas, que iba del atardecer al amanecer, y emplea esta forma literaria como una ayuda ingeniosamente dispuesta para la memoria, con el objeto de propiciar la observancia del sábado.⁸

Cuando la gente acepta el método histórico crítico de interpretación bíblica, que oficialmente tiene la Iglesia Católica Romana (en la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, de 1943, promulgada por Pío XII, en un documento de 1964, promulgado por la Comisión Bíblica Pontificia, titulada *Instrucción sobre la Verdad Histórica de los Evangelios*; en los documentos del Vaticano II, y en el *Catecismo de la Iglesia Católica*),⁹ no sorprende que pusieran a Adán y a Eva en la misma categoría de las figuras legendarias de la mitología griega. El problema es: ¿también Cristo? Porque si Adán fue mítico, entonces, ¿qué decir del “segundo Adán”, Jesucristo? Eso no

fue mucho antes de que también él fuera desechado como una simple persona “legendaria”. Es por eso que el rechazo del relato bíblico de la creación como evento histórico tiene consecuencias calamitosas. Si uno manipula la Escritura, finalmente manipula a Cristo y está en peligro de perder la salvación.

Dios usa a los padres como agentes de procreación

Cuando Dios creó a Adán y a Eva, “los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla” (Gn. 1:28). Dios le dio a la humanidad la capacidad de reproducirse; esa es la obra divina de preservación (Job 10:8-12; 33:4; Sal. 119:73; 139:13,14). Dios le da la vida a cada niño que se concibe; pero ¿cómo recibimos el alma? ¿Nos la da Dios directamente? ¿Nos da Dios el alma por medio de nuestros padres? Parece que Dios usa a los padres y el acto de propagación para darles el alma a los nuevos infantes. Eso está de acuerdo con el hecho de que el pecado original pasa de padres a hijos (Sal. 51:5, Jn. 3:6). Esta posición, de que Dios le da el alma a cada nuevo hijo por medio de la propagación de los padres, se llama *traducianismo*. También la apoya el hecho de que el escritor a los hebreos dice que Leví estaba en el cuerpo de Abraham cuando Abraham le dio la décima parte de lo que tenía a Melquisedec (Heb. 7:10).

Parece que también los escritores de la Fórmula de Concordia apoyaban la posición del traducianismo; escribieron:

La naturaleza humana se trasmite, juntamente con este defecto y corrupción, a todos los hombres que son concebidos por sus padres y nacen de ellos de un modo natural. Pues desde la Caída, la naturaleza humana no es primeramente creada pura y buena y sólo después es corrompida por el pecado, sino que, en el primer momento de nuestra concepción, es pecaminosa y corrupta la semilla de la cual es formado el hombre. Además, el pecado original no es algo que existe de por sí, independiente o aparte de la naturaleza corrupta del hombre, ni tampoco es la esencia (FC DS I: 27,28).

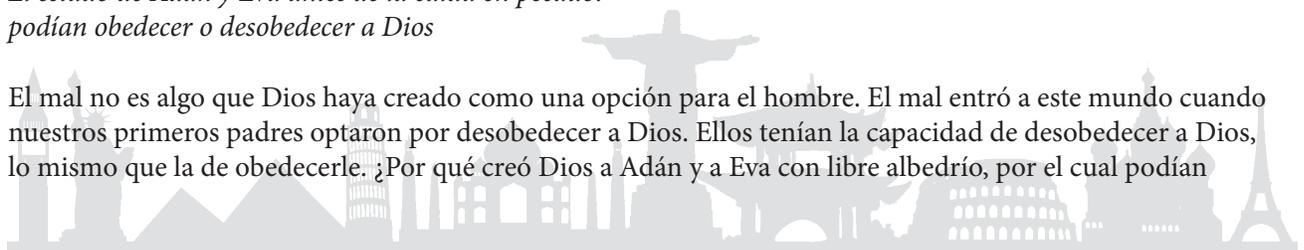
Otros han dicho que las almas son emanación de Dios. Esta posición, de que las almas son una parte de Dios, se llama *emanacionismo*. Pero, es contraria a la Escritura. La Escritura dice que Dios puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno (Mt. 10:28). Es ridículo creer que Dios destruiría una parte de sí mismo. Algunos han sostenido la posición llamada *preexistencismo*. Esta posición sostiene que Dios creó una gran cantidad de almas cuando hizo el mundo. Cuando se conciben los niños, las almas vienen de ese “banco de almas” y entran en los cuerpos creados para ellas. Es la posición de los mormones. El mormonismo, en el pasado, promovió la poligamia, con el propósito de aumentar en número de cuerpos que recibieran las almas que ya habían sido creadas. En la Biblia no hay apoyo para esta posición, que tampoco trata del pecado original. O Dios hubiera tenido que crear una multitud de almas perversas, o los humanos nacerían con todos sus poderes espirituales intactos. Ambas posiciones son contrarias a la Biblia.

Finalmente, hay una posición llamada *creacionismo*, según la cual Dios crea un alma directamente para cada nuevo cuerpo. Pero, esta posición no explica cómo pasa el pecado original de los padres a los hijos; o hace responsable a Dios del pecado original cuando crea un alma contaminada para un nuevo cuerpo, o niega el pecado original. La Iglesia Católica Romana adopta oficialmente el *creacionismo* y rechaza el *traducianismo*.¹⁰

La caída en pecado

El estado de Adán y Eva antes de la caída en pecado: podían obedecer o desobedecer a Dios

El mal no es algo que Dios haya creado como una opción para el hombre. El mal entró a este mundo cuando nuestros primeros padres optaron por desobedecer a Dios. Ellos tenían la capacidad de desobedecer a Dios, lo mismo que la de obedecerle. ¿Por qué creó Dios a Adán y a Eva con libre albedrío, por el cual podían



desobedecerle? Debemos tener cuidado de no intentar mirar dentro de la mente de Dios, para especular sobre sus motivos, o para encontrarle defectos en lo que hizo. Se ha dicho que Dios no quería autómatas, que quería que la corona de su creación pasara del estado de santidad en que fueron creados, a un estado en el que le obedecieran conscientemente, que quería que las personas lo amaran y le sirvieran libremente, por decisión propia. Pero, todo lo que en últimas podemos decir es que Dios actuó como lo hizo por sus buenos propósitos. Adán y Eva tenían la capacidad de obedecer a Dios o desobedecerle. Cuando nuestros primeros padres optaron por desobedecer a Dios, el pecado entró en el mundo.

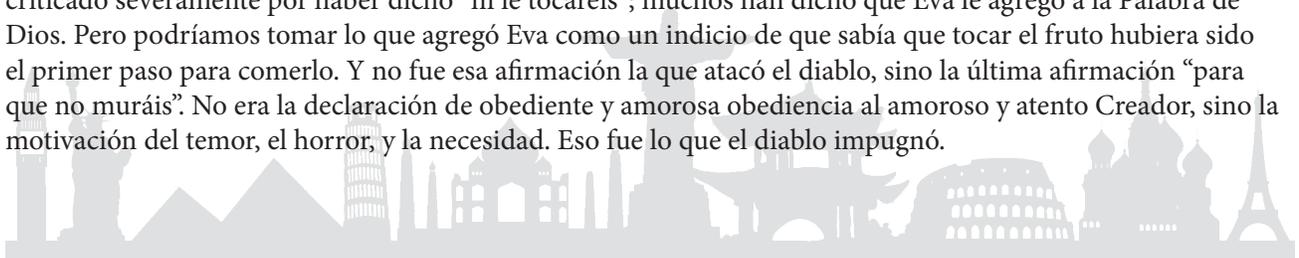
*Adán y Eva cayeron en pecado
por desobedecer a Dios en pensamiento, palabra, y obra*

Génesis 3 presenta un relato objetivo de la caída en pecado. El Génesis (dividido en diez secciones históricas) presenta historia real, no presenta folclor, ni mito ni leyenda. El que diga: “No tiene importancia si Génesis 3 es hecho o ficción, lo que verdaderamente importa es que Génesis 3 nos dice que los humanos tienen la inclinación a echar a perder las cosas”, está en camino de perder la fe cristiana. Si Adán y Eva no son reales, no pasará mucho antes de que no reconozcan a Jesús como lo presentan verdaderamente los cuatro evangelios. ¡Manipule la Escritura, y manipulará a Cristo!

Moisés comienza Génesis 3, diciendo que la serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Dios había hecho. Ya hemos visto que Eva trató con más que una serpiente. Pablo dice: “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Co. 11:3). ¿Qué tan pronto, después del sexto día de la creación, vino el diablo a tentar a Eva? No lo sabemos, la tentación pudo haber ocurrido en algún momento del séptimo día. Al finalizar el sexto día, Dios evaluó toda la creación y dijo que todo era “bueno en gran manera” (Gn. 1:31). En algún momento, después del sexto día, el diablo optó por desobedecer a Dios, como también los ángeles que optaron por seguirlo. El diablo y sus ángeles perdieron su estado primigenio en el cielo y fueron reservados para el juicio del último día (Judas 6). Sin embargo, Satanás, entró en Edén para tentar a Eva.

La tentación de Satanás reveló que él es el padre de la mentira; trató de poner duda sobre el mandato de Dios o sobre la bondad de Dios; mintió cuando negó que el hombre moriría si desobedecía a Dios. Satanás también reveló que es asesino, porque sus actos tenían la intención de desviar a Eva y poner a la humanidad bajo el juicio de Dios. Satanás le dijo a Eva: “¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?” (Gn. 3:1 NVI). Esa pregunta tenía la intención de hacer que Eva dudara de si en realidad Dios había dado ese mandato. “¿Es verdad que Dios les dijo?” sigue siendo la pregunta favorita del diablo. ¿Es verdad que Dios dice que el aborto es pecado? ¿Es verdad que Dios dijo que la eutanasia activa es mala?” Como buenos hijos de Dios, iremos a su Palabra para ver lo que dijo exactamente, y luego seguiremos en esa Palabra por gratitud a Jesús, quien nos salvó de nuestros pecados.

La otra tentación que puso Satanás en la pregunta fue esta: “Si Dios realmente dijo eso, entonces no es bueno”. El diablo procuró socavar la confianza de Eva en Dios como su amoroso Creador. Con esa táctica logró el éxito: “Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis” (Gn. 3:2,3). Eva repitió correctamente que Dios les había dado permiso de comer de todo árbol del jardín; también repitió correctamente que Dios les había prohibido comer del árbol que estaba en medio del jardín. La han criticado severamente por haber dicho “ni le tocaréis”; muchos han dicho que Eva le agregó a la Palabra de Dios. Pero podríamos tomar lo que agregó Eva como un indicio de que sabía que tocar el fruto hubiera sido el primer paso para comerlo. Y no fue esa afirmación la que atacó el diablo, sino la última afirmación “para que no muráis”. No era la declaración de obediente y amorosa obediencia al amoroso y atento Creador, sino la motivación del temor, el horror, y la necesidad. Eso fue lo que el diablo impugnó.



El diablo respondió con una mentira absoluta, dijo: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn. 3:4b-5). La tentación básica del diablo al hombre tiene el propósito de destronar a Dios y entronizarse él. Sea que el hombre quiera ser adorado como Dios o que el hombre determine que se apartará de Dios, siempre está tratando de ser Dios. También es importante notar que el diablo hace grandes promesas, pero entrega lo opuesto de lo que promete. Satanás les prometió a Adán y a Eva que conocerían en bien y el mal; lo hicieron, porque supieron que el bien era algo que habían perdido, y el mal en lo que se habían convertido. El diablo les prometió: alegría y felicidad, absoluta independencia y libertad; lo que recibió la humanidad fue: pesar, enfermedad, pruebas, muerte, y esclavitud al pecado y a sus propios apetitos. Recordaremos esto cuando evaluemos lo que el diablo promete darnos por medio del pecado.

Eva había pecado antes de comer el fruto prohibido; su motivación había sido el temor, no el amor. Vio que el fruto era bueno para comer, su voluntad ya no estaba en armonía con la de Dios, porque él había dicho que el fruto del árbol no era bueno para comer. El fruto se hizo agradable a los ojos de Eva, el deseo y la codicia llenaron su corazón; quería lo que Dios había prohibido, y su corazón se llenó del deseo de desobedecerle. Creyó que el árbol era deseable para ganar sabiduría; quería ser Dios por sí misma. Rechazó la sabiduría de Dios al prohibir el fruto del árbol, a favor del deseo de ser más sabia que Dios. Por lo tanto, tomó el fruto y lo comió. Ese acto reveló que su corazón estaba alienado de Dios y contaminado por el pecado.

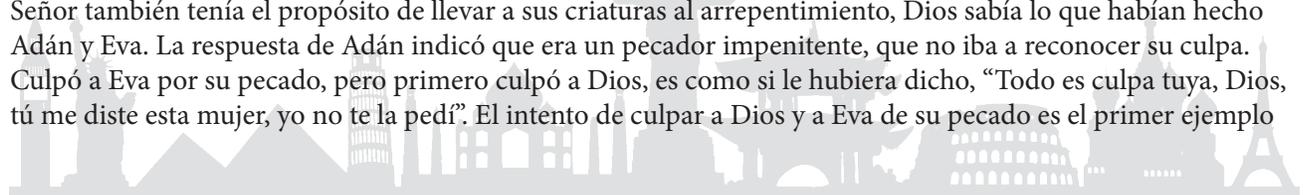
No sabemos qué clase de fruto había en el árbol; la antigua idea de que era una manzana es pura especulación. No es que el fruto del árbol tuviera algún poder especial, ese fruto estaba asociado al mandato de Dios. (Por cierto, sorprende que muchos críticos de la Biblia acusen de estúpidos a los cristianos por creer que Eva pecó por comerse “una manzana”. Si esos críticos no pueden entender correctamente esta parte del relato, en cuanto a lo que Eva comió, ¿cómo podrían llegar a entender el resto del relato? Obviamente, fuera del poder del Espíritu Santo, que los convierta, no pueden).

Eva le dio del fruto a Adán, que estaba con ella. No sabemos por qué Adán no se pronunció contra la tentación de Satanás. Podemos decir que se dejó guiar, cuando era él el que debía guiar. Eva asumió el liderazgo, cuando debía ser seguidora. Tanto el hombre como la mujer se salieron de los papeles que Dios les dio en la creación; a eso se refiere el Señor en la disciplina que les impuso por causa del pecado.

Es obvio que Adán y Eva perdieron de inmediato la imagen de Dios. Vieron la desnudez de cada uno y trataron de cubrirse entretejiendo hojas de higuera; estaban desnudos antes de la caída en pecado, y eso no los molestaba; ahora, por causa del pecado, tenían vergüenza. Los sentimientos de culpa y de vergüenza los obligaron a cubrir lo que Dios creó como parte de su buena creación.

Parte de la imagen de Dios era que Adán y Eva conocían a Dios como su amoroso Creador; después del pecado lo vieron como su enemigo. Oyeron al Señor caminando por el jardín. Los ángeles buenos del cielo siempre contemplan el rostro de Dios (Mt. 18:10); están confirmados en santidad y se deleitan de estar en la presencia de Dios. Adán y Eva se llenaron de culpabilidad y temor cuando oyeron que Dios se acercaba y trataron de salvarse por sus propios esfuerzos. Trataron de esconderse de Dios entre los árboles del jardín. La pregunta que le hizo Dios a Adán “¿Dónde estás tú?” (Gn. 3:9), no la hizo porque no supiera donde estaban Adán y Eva, sino para llamar a sus criaturas al arrepentimiento. El Buen Pastor buscaba las ovejas perdidas.

La respuesta de Adán es reveladora, nos dice que Adán estaba lleno de culpabilidad, sabía que había violado la voluntad de Dios. Estaba lleno de temor, temía estar delante de su santo Creador. La siguiente pregunta del Señor también tenía el propósito de llevar a sus criaturas al arrepentimiento, Dios sabía lo que habían hecho Adán y Eva. La respuesta de Adán indicó que era un pecador impenitente, que no iba a reconocer su culpa. Culpó a Eva por su pecado, pero primero culpó a Dios, es como si le hubiera dicho, “Todo es culpa tuya, Dios, tú me diste esta mujer, yo no te la pedí”. El intento de culpar a Dios y a Eva de su pecado es el primer ejemplo



de lo que llamamos “echarle a otro el muerto”. Eva también trató de culpar a la serpiente, era culpa de ella. Hasta hoy, la gente sigue queriendo culpar a alguien de sus pecados, especialmente a Dios. Santiago responde a esto así: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:13,14).

Es importante notar que cuando Adán y Eva no amaron a Dios como debían, tampoco se amaron uno a otro como debían; Adán estaba dispuesto a sacrificar a Eva para salvar su pellejo. La falta de amor que manifestamos hacia el otro es simplemente un síntoma de la falta de amor a Dios.

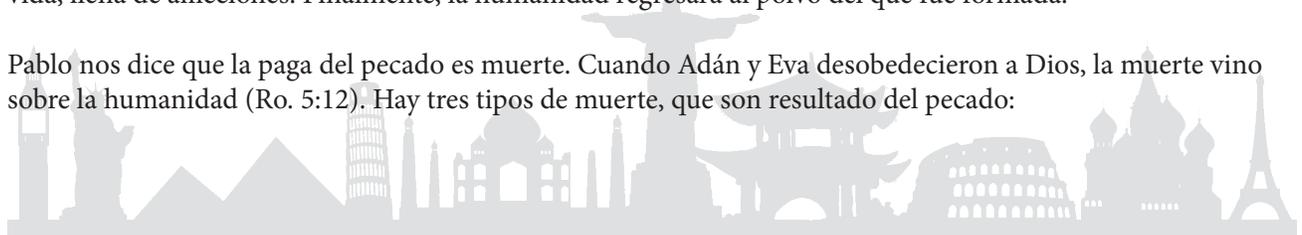
Por causa del pecado, ahora las personas nacen en este mundo espiritualmente ciegas (1 Co. 2:14), no ven la necesidad del Salvador. Imaginan vanamente que, si algo está mal en su relación con Dios, pueden enderezarlo. Las personas están por naturaleza muertas en pecado (Ef. 2:1), no pueden hacer nada para salvarse. También por su naturaleza las personas son enemigas de Dios (Ro. 8:7), su voluntad es activamente hostil a la voluntad de Dios. Ese fue el estado al que cayó la corona de la creación de Dios, hecha a su imagen.

Casi podemos oír la risa satánica en este punto del relato; Satanás vio a Adán y a Eva en su caído y corrupto estado, y se regocijó por el descalabro que le había traído a la buena creación de Dios. Pero, su regocijo duró poco, el Señor intervino con la intención de llevar a cabo su propósito para la salvación de estas criaturas ahora caídas. Anunció la futura derrota del diablo. La serpiente se arrastraría sobre su vientre y comería el polvo de la tierra. Si la serpiente caminaba antes, no es importante; lo que importa es que la reptación de la serpiente iba a ser un símbolo perpetuo de la derrota de Satanás. La mujer, que ahora era su aliada, se iba a convertir en su enemiga. Dios iba a poner enemistad entre la mujer y el diablo. Aunque Satanás iba a producir la dolorosa crucifixión de Cristo, su semilla, Cristo iba a producir la derrota de Satanás por medio de su sufrimiento vicario por los pecados del mundo. Génesis 3:15 es lo que llamamos el proto evangelio, la primera promesa del evangelio. Dios, en su amor, anunció su plan para salvar a la humanidad caída. Todo el Antiguo Testamento es el desarrollo de esta primera promesa del evangelio. No hay noticia más dulce en el mundo, Dios envió a su Hijo a salvar el mundo, a salvarme a mí.

El pecado tuvo trágicas consecuencias en la vida de las criaturas de Dios. Esas consecuencias hicieron difícil la vida en este planeta y afectaron: a la humanidad, al mundo animal, y la misma creación inanimada. El Señor le anunció a Eva que iba a tener dolor al dar a luz. Esa es una descripción de lo que iba a ocurrir; si las mujeres toman calmantes durante el alumbramiento, no desobedecen el mandato de Dios; con o sin analgésicos, el alumbramiento sigue lleno de dolor. Cuando la mujer guió a Adán, ella se salió del rol que Dios le dio. Ahora, como resultado del pecado, su deseo será para su esposo, y él se enseñoreará sobre ella. Eso no es un mandato para que los esposos se enseñoreen sobre sus esposas, es la descripción de lo que harán los hombres por causa del pecado. En lugar de guiar con una disposición como la de Cristo, con frecuencia los hombres gobiernan como dictadores. Es así como el pecado ha contaminado el corazón de quien Dios quiso que fuera un amoroso líder.

El Señor le dijo a Adán que la tierra era ahora maldita por causa del pecado; ya no iba a cooperar con el hombre. La constante insurrección de la tierra le iba a recordar, al que debía enseñorearse, que abandonó ese privilegio. La maleza iba a luchar con él por las cosechas que tratara de cultivar. El trabajo iba a ser difícil; la vida, llena de aflicciones. Finalmente, la humanidad regresará al polvo del que fue formada.

Pablo nos dice que la paga del pecado es muerte. Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios, la muerte vino sobre la humanidad (Ro. 5:12). Hay tres tipos de muerte, que son resultado del pecado:



1. Muerte temporal, es la separación del cuerpo y el alma (Ec. 12:7).
2. Muerte espiritual, el alma es separada de Dios, por el pecado (Is. 59:2).
3. Muerte eterna, es la condenación eterna (Mt. 25:41).

“Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.” (Gn. 3:20). Esto es un indicio de que Dios convirtió a Adán y a Eva por medio del evangelio que les proclamó. Por medio de Eva vendría el que iba a traer vida y salvación a la humanidad. Dios reclamó como suyos a Adán y a Eva, aunque ahora estarían viviendo en un mundo enormemente alterado.

Dios hizo vestidos de piel para Adán y Eva; ellos necesitaban algo para protegerse del ambiente hostil en que se había convertido el mundo. Los animales también sufrieron como resultado del pecado. En un poco de ironía divina, el Señor tomó consejo consigo mismo para expulsar al hombre del jardín. Uno casi puede visualizar al Señor moviendo la cabeza, diciendo: “El hombre quería conocer el bien y el mal; bueno, ya lo conoce, bien es lo que perdió y mal es en lo que se convertido”. Por eso Dios expulsó al hombre del jardín y puso un querubín para custodiar el camino al árbol de la vida. La humanidad no debía comer del fruto de ese árbol y vivir para siempre en estado de pecado.

Así termina el más triste capítulo de la historia de la humanidad. La caída en pecado ha corrompido a la humanidad, y a la buena creación de Dios, y ha convertido este mundo en un “valle de lágrimas” (CW 64:2). ¡Gracias sean dadas a Dios, porque nos amó tanto que envió a su único Hijo a este mundo, para salvarnos! Cristo compartió nuestra humanidad “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, 15y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Heb. 2:14b,15).

La ley de Dios revela el pecado

Cuando Dios creó a Adán y a Eva, puso en el corazón de ellos el conocimiento de su ley (Ro. 2:15). Ese conocimiento de la voluntad de Dios fue nublado, pero no destruido por la caída en pecado. Desde Adán hasta Moisés, Dios no dio un recuento escrito de su ley (Ro. 5: 12-14); todos aquellos a quienes no se les dio un recuento escrito de la ley, serán juzgados con base en la ley que Dios escribió en su corazón, “dando testimonio su conciencia”. Sin embargo, Dios le dio un recuento escrito especial de su voluntad al pueblo de Israel en el monte Sinaí, que incluía los Diez Mandamientos, y mucho más. También incluía leyes sobre los ritos ceremoniales y leyes sobre las responsabilidades civiles.

El código legal que dio Dios en el Sinaí le fue dado solo al pueblo de Israel, y debía perdurar solo hasta la venida de Cristo; servía para mantener intacta a Israel como nación hasta que se cumpliera su misión de producir al Salvador. Este código legal: les recordaba a los israelitas la necesidad del Salvador, inspeccionaba su carne pecaminosa, los guiaba a una respuesta agradable a Dios por la misericordia divina, y describía la venida del Salvador. Pero, nadie en el Antiguo Testamento podía ser salvado por la obediencia a ese código de leyes. Los del Antiguo Testamento fueron salvos por la fe en Jesucristo, como lo somos nosotros. La promesa del Salvador fue dada por el pacto que Dios hizo con Abraham (Gn. 15). Algunos han dicho que el Antiguo Testamento es un testamento de ley y que el Nuevo Testamento es un testamento del evangelio. Eso es un error, ambos testamentos contienen ley y evangelio. Si el Antiguo Testamento contuviera solo la ley, la gente hubiera sido salvada por sus obras; si el Nuevo Testamento contuviera solo evangelio, la gente no vería la necesidad del Salvador.



Podemos resumir las diferencias entre los dos grandes pactos del Antiguo Testamento, de la siguiente manera:

Pacto con Abraham	Pacto con Israel en el monte Sinaí
1. <i>Unilateral</i> (una sola parte) Dios le prometió a Abraham que de su descendencia vendría el Salvador.	1. <i>Bilateral</i> (dos partes) Dios hizo este pacto solo con Israel (Éx. 19:5,6).
2. <i>Incondicional</i> Abraham no tenía que cumplir ninguna condición. Él estaría muerto y enterrado cuando se cumpliera la promesa de Dios (Gn. 15:15).	2. <i>Condicional</i> Israel tenía que cumplir condiciones (Éx. 19:5). Si Israel no cumplía las condiciones del pacto, este se consideraría terminado (Dt. 27:26).
3. <i>Evangelio</i> El pacto con Abraham se relacionaba con la promesa del Salvador (Gn. 12:3). Fue por la fe en el Salvador que vendría que fueron salvados los creyentes del Antiguo Testamento (Gn. 12:13, 15:6; Ro. 4:3, Gal 3:6).	3. <i>Ley</i> El pacto con Israel contenía muchas leyes: morales, ceremoniales, y civiles (Éx. 19:5,8). Estas leyes contenían sombras e imágenes del Salvador que vendría (Col. 2:16,17). Sin embargo, el pacto seguía siendo un pacto de ley.
4. <i>Para toda la humanidad</i> La promesa del Salvador, dada a Abraham, no era solamente para él y sus descendientes. Todos los que creen en el Salvador que vendría tienen vida eterna (Gn. 12:3).	4. <i>Solo para Israel</i> Dios pronunció las palabras del pacto a Israel desde el Monte Sinaí (Éx. 19:5,6). Los demás estaban sujetos a la ley escrita por Dios en sus corazones.
5. <i>Permanente</i> El pacto con Abraham se cumplió con el nuevo pacto, cuando Dios envió a su Hijo, y, por causa de él, nos ha perdonado todos nuestros pecados (Jer. 31:31-34; Heb. 8:8-12).	5. <i>Temporal</i> Tendría validez hasta que Cristo completara su obra (Col. 2:16,17; Gl. 3). Su obra está completamente realizada. No estamos sujetos a la Ley de Moisés.

Debemos notar que hoy estamos obligados por la ley que Dios escribió en el corazón de Adán y de Eva, y que nos ha revelado en el Nuevo Testamento. No estamos obligados por las palabras de la ley dada a Israel en Éxodo 20. El Tercer Mandamiento le dijo a Israel que adorara el Sábado; nosotros podemos adorar cualquier día. El Cuarto Mandamiento les prometió a los israelitas larga vida en la Tierra de Promisión; se nos ha prometido larga vida en la tierra (Ef. 6:3). A los israelitas se les prohibió tratar de adquirir la herencia del prójimo (Nm. 36:7; 1 R. 21:3); hoy, podemos comprar la propiedad del prójimo. Los adventistas del Séptimo Día se equivocan cuando tratan de obligarnos a adorar el sábado y a otras porciones de la ley de Moisés.

El pecado

El pecado es: rebelión, culpa, errar el blanco

“Pecado es una palabra sucia”. Sostienen esa opinión los que hoy no quieren admitir que hay algo que se pueda llamar pecado. La gente prefiere palabras como: *error, error de juicio, desliz, o error de cálculo*; palabras que no suenan tan ásperas, no lo hacen sentir incómodo a uno. De hecho, uno se puede sentir muy bien, porque esas palabras implican que no es realmente responsable de nada; las circunstancias no obraron como debieron. Pero, la palabra *pecado* se considera: un juicio, parcializada, sin amor, y demasiado crítica. Implica que la persona que usa la palabra afirma que tiene la norma absoluta de comportamiento que deben seguir los otros.

Pero esa actitud hacia el *pecado* choca directamente con el hecho de que la palabra se usa frecuentemente en la Biblia; se usa en sentido absoluto, denotando separarse de la voluntad de Dios. La palabra *pecado* es condenatoria, porque indica que el apartarse de la voluntad de Dios es terrible y merece su condenación. La condenación divina del pecado es intencionalmente dura; tiene el propósito de detenernos de inmediato, de confrontarnos con nuestra desobediencia y con nuestro miserable estado delante de Dios. La ley de Dios tiene el propósito de llevarnos a reconocer la desesperada necesidad del Salvador. El estudio del pecado es esencial para ver la necesidad del Salvador del pecado, Jesucristo.

La Biblia tiene multitud de palabras que se usan para describir los diversos aspectos del pecado. Robert Girdlestone (m. 1836, jefe del departamento de traducciones de la British and Foreign Bible Society), en su libro *Synonyms of the Old Testament*, menciona 11 palabras diferentes que se usan para describir el pecado.¹¹ Richard Trench (m. 1886, profesor de exégesis del Nuevo Testamento en el King's College de Oxford, Inglaterra), en su libro *Synonyms of the New Testament*, menciona nueve palabras diferentes que se usan para describir el pecado en el Nuevo Testamento.¹² Un breve estudio de algunas de esas palabras deja en claro que el pecado es un asunto serio a los ojos del Dios santo. El pecado llama sobre sí el juicio y la condenación. Algunos de los conceptos que describen unas de las palabras para pecado son los siguientes:

1. Pecado es errar el blanco (*hamartía*). Como dijo un comentarista: “Toda maldad es un fracaso, errar el objetivo, el punto de mira puesto por Dios para que lo alcanzaran todos sus hijos. Si el hombre fue originalmente hecho a imagen de Dios, eso debe haber inculcado en él, como primer principio, que debía vivir como vive Dios. Por lo tanto, toda desviación de la ley de Derecho es errar el objetivo del propósito por el cual fue hecha, y perder la meta que se debía alcanzar.”¹³ (Cf. Ro. 3:23.)
2. El pecado es rebelión contra Dios (*anomía* o *paranomía*). Significa negarse a someterse a la legítima autoridad de Dios (cf. 1 Jn. 3:4; Is. 43:27).
3. El pecado es pasar la raya (*parábasis*). Es transgredir un mandamiento claramente dado (Ro. 2:23).
4. El pecado es no oír cuando Dios habla (*parakoé*). Adán desobedeció la voz de Dios cuando cayó en pecado (Ro. 5:19).
5. El pecado es caer cuando uno debería estar de pie (*paráptoma*) (Ef. 2:1).

*Dios no es la causa del pecado,
la causa del pecado es la desobediencia del diablo y de la humanidad*

Con frecuencia, la gente quiere culpar a Dios del pecado en este mundo; dicen que, si Dios fuera amoroso, debería impedir que ocurra el pecado, y si fuera todo poderoso, debería impedirlo. Ponen las miserias del mundo a los pies de Dios y le dicen, con Adán: “Tú eres la fuente de mis problemas” (cf. Gn. 3:12). Pero, la Biblia deja en claro que Dios no es la causa del pecado. El relato de la creación dice que cuando Dios terminó la creación, “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31).

Santiago nos dice que la raíz del pecado yace en la naturaleza corrupta del hombre pecador, y no puede culpar a Dios por su pecado (Stg. 1:13).

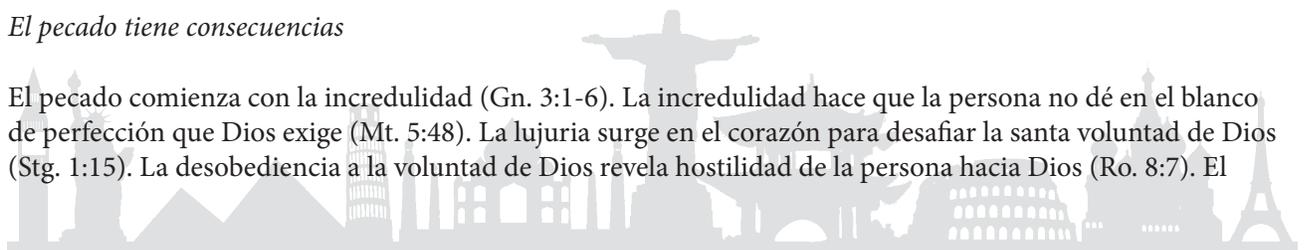
La Biblia dice que la primera causa del pecado fue Satanás; Jesús dice que el diablo “ha sido homicida desde el principio, [...] es mentiroso, y padre de mentira” (Jn. 8:44).

Pablo relata que Satanás tentó a Eva a pecar (2 Co. 11:3). Por eso, el diablo fue el primero en pecar. Pero, Adán y Eva también pecaron por su propia voluntad (Gn. 3:1-17). La desobediencia de Satanás y de nuestros primeros padres trajo el mal a este mundo. Como declara Confesión de Augsburg:

Sobre la causa del pecado se enseña entre nosotros que, si bien Dios omnipotente ha creado y sostiene toda la naturaleza, sin embargo, la voluntad pervertida—es decir, la del diablo y de todos los impíos—produce el pecado en todos los malos y en quienes desprecian a Dios. Esta voluntad, tan pronto como Dios ha quitado la mano, se vuelve de Dios al mal (CA XIX, texto alemán).

El pecado tiene consecuencias

El pecado comienza con la incredulidad (Gn. 3:1-6). La incredulidad hace que la persona no dé en el blanco de perfección que Dios exige (Mt. 5:48). La lujuria surge en el corazón para desafiar la santa voluntad de Dios (Stg. 1:15). La desobediencia a la voluntad de Dios revela hostilidad de la persona hacia Dios (Ro. 8:7). El



pecado trae consecuencias, Dios no puede ignorar la desobediencia (Gn. 2:17; 3:19; Ez. 18:4; Ro. 5:12,18,19; 6:23).

¿Cuáles son las consecuencias del pecado? Hay consecuencias temporales. Antes de que Israel entrara a la Tierra Prometida, Dios instruyó al pueblo para que exterminara a los cananeos; ese era el juicio de Dios sobre los cananeos por su maldad. Hay consecuencias en la vida diaria de cada persona sobre la faz de este mundo. El trabajo es difícil, las relaciones son difíciles, las personas no se aman unas a otras como deberían, porque no aman a Dios como deberían. La enfermedad nos asedia toda la vida. La muerte temporal es resultado del pecado; morimos porque somos pecadores. Finalmente, la condenación eterna es resultado del pecado (Mt. 25:41; Mc. 9:43-48).

En relación con las consecuencias del pecado, se hace esta pregunta: ¿Castiga Dios a los creyentes por sus pecados? Jesús respondió cuando dijo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:17,18). Dios no castiga a los creyentes por sus pecados, porque castigó a Jesús por todos nuestros pecados (Gl. 3:13). Por la fe en él, tenemos el perdón como propio. Pero el incrédulo rechaza el perdón que Cristo ganó para todos; por lo tanto, está delante de Dios con la actitud de “no quiero lo que Jesús hizo por mí, no necesito lo que Jesús hizo por mí, quiero lo que viene sobre mí”. Entonces, Dios debe decirles a los incrédulos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41).

¿Qué decir de las cosas malas que ocurren en la vida de los creyentes? Dios permite que haya pruebas en la vida de los creyentes, como una amorosa disciplina para mantenernos cerca de él (1 Co. 11:32; Sal. 94:12; Heb. 12:6; Ap. 3:19). Algunas de esas pruebas pueden estar relacionadas con un pecado particular, como ocurrió en el caso del rey David (2 Sm.12). En el caso del hombre que nació ciego (Jn. 9) y de Job, las pruebas no tenían relación con un pecado específico que hubieran cometido. Dios permite que haya pruebas en la vida de los creyentes: por sus buenos propósitos, por su amor a nosotros, y el deseo de salvarnos (Ro. 8:28). Cuando los creyentes están asediados por las dificultades de esta vida, no tenemos que inquietarnos porque Dios nos esté castigando por los pecados; tenemos la seguridad de que todos los pecados han sido perdonados por medio de Jesús. Dios siempre es nuestro amoroso Padre, por causa de Jesús.

El pecado original

El pecado original es una culpa hereditaria y una corrupción hereditaria de la naturaleza humana

“Inocente como un recién nacido”. Es una expresión muy común, pero ¿qué tan acertada es? Para responder, no podemos mirar los campos científicos de la antropología o la psiquiatría, que concurren generalmente en la mencionada expresión. La única respuesta confiable a las preguntas de naturaleza espiritual viene de la Biblia, la Palabra de Dios para nosotros. La Biblia nos dice que, desde el momento de la concepción, no somos el tipo de personas que Dios exige que seamos. David confesó que era pecador desde el momento en que comenzó su vida (Sal. 51:5). Este pecado ha sido llamado *pecado original* (pecado de raíz).

La Biblia presenta este pecado como *culpa hereditaria*. Cada persona, por virtud de su entrada en la raza humana, cae bajo la condenación que Dios pronunció sobre Adán por su primer pecado. Pablo escribió: “por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (Ro. 5:18). El pecado y la condenación de Adán pasan a cada persona nacida de padre y madre. Así, al venir a este mundo, ya estamos bajo la ira de Dios, porque el pecado de Adán ha sido cargado a nuestra cuenta (Ef. 2:3). La fórmula de Concordia, al resumir la enseñanza de la Apología sobre el pecado original (II: 2-50), declara: “Este mal hereditario es la culpa por la cual acontece que, por causa de la desobediencia de Adán y Eva, estamos bajo el desfavor divino y por

naturaleza somos hijos de ira, según afirma el apóstol en Romanos 5:12 y sigte., y Efesios 2:3” (FC DS I:9). Los que objetan que no es justo que Dios nos impute el pecado de Adán, también tienen que objetar que Dios nos acredite la justicia de Cristo (2. Co. 5:21). Pablo afirma que las dos declaraciones son verdaderas (Ro. 5:12,18). La primera es la base de nuestra necesidad del Salvador; la segunda, es la base de la seguridad de nuestra salvación.

La Biblia también describe al pecado original como *corrupción hereditaria*. Es una corrupción tan total de la naturaleza humana, que corrompe: la voluntad, el intelecto, y todas nuestras facultades espirituales. Como declara la Fórmula de Concordia:

El pecado original es un mal execrable y una corrupción tan completa de la naturaleza humana que no resta nada puro o bueno en ella y en todas sus facultades internas y externas, sino que todo es corrupto, de manera que, debido al pecado original, el hombre es verdadera y espiritualmente muerto ante los ojos de Dios, y con todas sus facultades muerto a todo lo que es bueno (FC DS I: 60) (Cf. Salmo 51:5; Jn. 3:6).

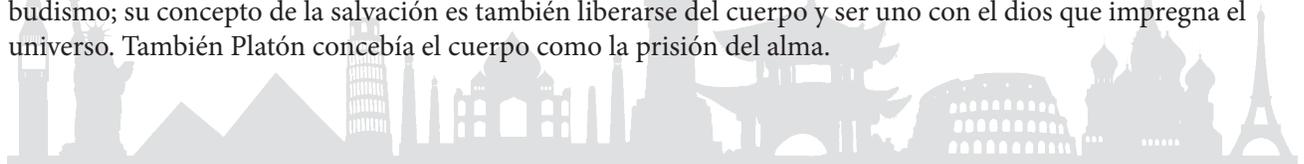
La corrupción hereditaria causada por el pecado original tiene lo que podríamos llamar un lado negativo y uno positivo. En el lado “positivo”, hay algo en nuestra naturaleza que no debería estar ahí, y que es el deseo de pecar; en el lado “negativo”, falta algo en nuestra naturaleza, que debería estar en ella, y es la santidad y la justicia. La Confesión de Augsburgo usa esa analogía para hablar del pecado original. Declara:

Además, se enseña entre nosotros que, desde la caída de Adán, todos los hombres que nacen según la manera natural se conciben y nacen en pecado. Esto es, todos desde el seno de la madre están llenos de malos deseos e inclinaciones y por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en él. Además, esta enfermedad innata y pecado hereditario es verdaderamente pecado y condena bajo la ira eterna de Dios a todos aquellos que no son engendrados de lo alto por el bautismo del Espíritu Santo (CA II: 1, 2, texto alemán).

El pecado original es pecado real; nuestra condición al nacer es tal que se nos acredita la condenación que Adán trajo sobre él y sobre la raza humana por su caída en pecado. No tenemos la justicia que Dios exige, y tenemos dentro de nosotros el deseo de pecar. Esto, por sí mismo, nos hace objetos de la ira de Dios antes de que digamos, hagamos, o pensemos alguna cosa. Dios, solo por la revelación de la Biblia, nos lleva a darnos cuenta de lo que somos por naturaleza. Como observó Lutero: “Este pecado original es una corrupción tan profunda y perniciosa de la naturaleza humana que ninguna razón la puede comprender, sino que tiene que ser creída basándose en la revelación de la Escritura, como consta: en el Salmo 50, en el capítulo 5 de la Epístola a los Romanos, en el capítulo 33 de Éxodo, y en el capítulo 3 de Génesis” (AE III I: 3).

*El pecado original es la corrupción completa de la naturaleza humana;
no es la naturaleza humana misma*

El pecado original es la corrupción completa de nuestra naturaleza. La palabra naturaleza se refiere a nuestras facultades intelectuales, que también afectan el organismo, el cuerpo físico. Pero, el pecado original no es la esencia de la naturaleza humana. La creencia de que la naturaleza humana es mala, fue un error de los maniqueos (siglo 3), que creían que los cuerpos carnales fueron creados por un dios del mal. Los primeros gnósticos también sostuvieron esa creencia; para ellos, la salvación era cuando el alma se liberaba del cuerpo. La posición de que el cuerpo es intrínsecamente malo fue sostenida también por la religión hindú y el budismo; su concepto de la salvación es también liberarse del cuerpo y ser uno con el dios que impregna el universo. También Platón concebía el cuerpo como la prisión del alma.



En la iglesia luterana, el error de que el pecado original es la esencia del hombre fue promovido por una persona de la que no se esperaba, Matthaeus Flacius Illyricus, que fue un gran defensor de la causa luterana. La controversia flaciana, que perturbó a la iglesia desde 1560 hasta 1575, fue resuelta por la Fórmula de Concordia. En un debate con Viktorin Strigel, sobre si la gente tiene libre albedrío desde la caída en pecado, Flacius fue demasiado lejos en sus declaraciones; sostuvo que después de la caída en pecado, el pecado original se hizo la esencia del hombre; creía que la naturaleza de la persona es idéntica con el pecado. Creía que, por la conversión, Dios creaba una nueva sustancia en las personas. Flacius se negó a retractarse de su posición; por eso se hizo necesario que los escritores de la Fórmula de Concordia refutaran su error, que tenía serias implicaciones. Si el Señor asumió carne humana, y si la carne humana era esencialmente mala, Cristo no hubiera podido ser nuestro Salvador.

La Formula de Concordia declara:

1. Creemos, enseñamos y confesamos que hay una distinción entre la naturaleza del hombre, no sólo según fue creado originalmente por Dios, es decir, puro y santo y sin pecado, sino también según tenemos esa naturaleza en la actualidad, después de la caída; o sea, entre la naturaleza misma que aun después de la caída es y permanece criatura de Dios, y el pecado original; y que esta distinción es tan grande como la que existe entre una obra de Dios y una obra del diablo.
4. Pues Dios creó no solo el cuerpo y el alma de Adán y Eva antes de la caída, sino también el cuerpo y el alma nuestros después de la caída y a pesar de que son corruptos, Dios los reconoce como obra suya, como está escrito en Job 10:8, “Tus manos me hicieron y me formaron”.
5. Además, el Hijo de Dios ha asumido en la unidad de su persona esta naturaleza humana, pero sin pecado; no ha asumido una carne extraña, sino nuestra propia carne” (FC Ep I: 2, 4,5).

El pecado original, entonces, es lo que llamamos un *accidente*. El término no significa un accidente en el sentido en que normalmente lo entendemos (como cuando alguien se resbala por una cáscara de banano y cae al suelo), sino en el sentido de algo que se añade a una cosa. Si le cae salsa de tomate a mi corbata, la lavandería puede quitarla; esa salsa no se convierte en parte de mi corbata. El pecado original es una corrupción total de la naturaleza humana. Como dice la Fórmula de Concordia: “El pecado original no es una corrupción superficial, sino una corrupción tan profunda de la naturaleza humana que nada saludable e incorrupto ha quedado en el cuerpo o el alma del hombre, en sus facultades interiores o exteriores” (FC Ep I:8). Sin embargo “hay alguna distinción entre la substancia, naturaleza, esencia, cuerpo y alma humanos por una parte, y el pecado original por la otra, de modo que la naturaleza humana misma sea una cosa y, otra cosa diferente el pecado original, que se adhiere a la naturaleza humana y la corrompe” (FC Ep I:1).

El pecado original es universal

¿Qué tan extendido está el pecado original? La Biblia nos dice que todas las personas, nacidas de padre y madre, tienen pecado original. Adán fue creado a la imagen de Dios, pero el hijo de Adán, nacido después de la caída en pecado, nació a la imagen de Adán (Gn. 5:1,3). Desde la caída, todos los niños nacen a la imagen de sus pecaminosos padres (Jn. 3:6). La condenación que Adán trajo sobre él, también la trajo sobre todos nosotros (Ro. 5:18); la corrupción de su naturaleza también pasó a nosotros. Como escribió Lazarus Spengler (m. 1534):

La humanidad cayó con Adán;
Un pecado nos infectó a todos.
De uno viene la maldición a todos,
Y sobre todos viene la ira de Dios.



En todos obra el poder de la corrupción,
 Como en un atroz cautiverio;
 En culpa comenzamos a respirar
 Y cosechamos llanto y muerte.

Del depravado corazón al mal proclive,
 Solo sale actos de pecado;
 Perdida la imagen de Dios, oscurecida el alma
 No busca ni halla la meta celestial. (CW 378:1-3)

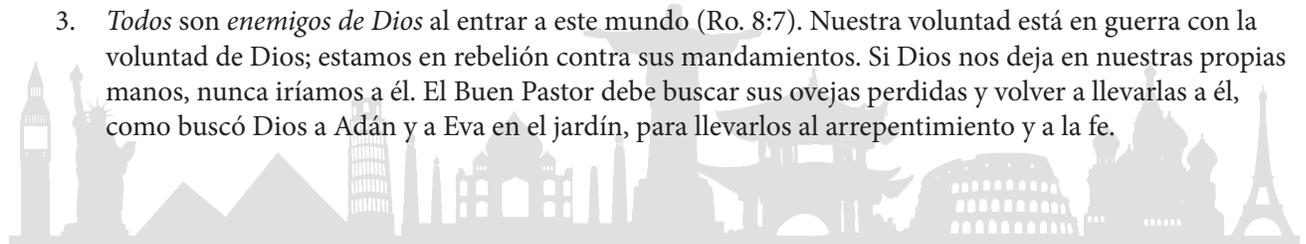
Las únicas excepciones al pecado original fueron: Adán y Eva, que fueron creados a la imagen de Dios (Gn. 1:27,28), y Cristo, que fue concebido por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María (Is. 7:14; Lc. 1:34,35; 1 P. 1:19). Por su concepción y nacimiento sin pecado Cristo expió nuestra concepción y nacimiento en pecado. No es un asunto insignificante que alguien niegue el nacimiento virginal de Cristo. Si Cristo no hubiera nacido de una virgen, no habría podido nacer sin pecado como el Santo Dios hecho carne que nació y no habría podido salvarnos; él mismo hubiera necesitado la salvación, porque también habría heredado el pecado original.

La Iglesia Católica Romana ha exceptuado equivocadamente a María del pecado original. Los católicos dicen que Jesús no tuvo pecado original porque María fue concebida sin pecado original; a esa doctrina la llama “inmaculada concepción” de María, y ha sido sostenida durante mucho tiempo por la Iglesia Católica Romana. El Papa Sixto IV (m. 1484) aprobó la fiesta de la Inmaculada Concepción. El Concilio de Trento (1545-1563) excluyó explícitamente a María de su decreto sobre la universalidad del pecado original (sesión V, 1546). En 1661, el Papa Alejandro VII (m. 1667) prohibió todo ataque a la doctrina. En 1854, el Papa Pío IX (m. 1878, el mismo Papa que en 1870 declaró la doctrina de la infalibilidad del Papa) decretó que “la muy bendecida Virgen María fue, desde el momento de su concepción, por singular gracia y privilegio del todopoderoso Dios y en vista de los méritos de Cristo Jesús el salvador de la raza humana, preservada inmune de toda mácula de pecado original”¹⁴ Sin embargo, María, en el *Magnificat*, dijo: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lc. 1:46,47). María también necesitaba el Salvador. No hay ni una palabra en la Escritura que diga que ella haya nacido sin pecado; su confesión fue que Dios era su Salvador. Debemos repetir con Lutero: “La palabra de Dios debe establecer artículos de fe y nadie más, ni siquiera un ángel” (AE II II: 15).

El pecado original tiene consecuencias calamitosas

Nuestro estado pecaminoso produce consecuencias calamitosas para todos. Las siguientes son algunas de las consecuencias del pecado original:

1. Todas las personas nacen espiritualmente *ciegas* (1 Co. 2:14). Por naturaleza las personas piensan que no necesitan el Salvador, piensan que pueden estar bien con Dios por sus propios esfuerzos, ven el evangelio como una necesidad.
2. Todas las personas están por naturaleza *muertas en el pecado* (Ef. 2:1). Las personas no tienen facultades espirituales cuando vienen a este mundo. Así como un cadáver no se puede salir del ataúd, tampoco el ser humano puede hacer nada para salvarse.
3. *Todos son enemigos de Dios* al entrar a este mundo (Ro. 8:7). Nuestra voluntad está en guerra con la voluntad de Dios; estamos en rebelión contra sus mandamientos. Si Dios nos deja en nuestras propias manos, nunca iríamos a él. El Buen Pastor debe buscar sus ovejas perdidas y volver a llevarlas a él, como buscó Dios a Adán y a Eva en el jardín, para llevarlos al arrepentimiento y a la fe.



4. Toda persona morirá por causa del pecado original. Mueren temporalmente, el cuerpo y el alma se separan (Gn. 3:17,19). Mueren espiritualmente, con el alma separada de Dios por el pecado (Is. 59:2). Todos merecen morir eternamente, sufriendo el castigo eterno en el infierno (Mt. 25:41).
5. Desde el momento en que entramos en este mundo, el pecado original nos pone bajo la condenación y el juicio de Dios (Ef. 2:3; Sal. 5:4,5).
6. Desde el momento en que somos concebidos, estamos corrompidos por el deseo de pecar, sin la justicia que Dios exige.
7. Nuestra voluntad está contaminada por el pecado original; por eso estamos en rebelión contra su voluntad (Mc. 7:21-23).
8. El corazón corrupto produce actos corruptos. Al salir del corazón no convertido, nuestras obras son una afrenta al Dios santo. Aun los mejores esfuerzos del creyente por hacer buenas obras son pecado a los ojos del Dios santo (Heb. 11:6).
9. Por naturaleza el pecado original nos hace enemigos de Dios; y no nos amamos unos a otros como debemos, porque no lo amamos a él como deberíamos (Gn. 3:8-13).

¡Gracias a Dios, tenemos a Jesús, que expió nuestra concepción y nuestro nacimiento en pecado, por su concepción y nacimiento sin pecado, que pagó todos nuestros pecados con su sangre en la cruz!

Errores respecto del pecado original

Ha habido numerosos errores respecto de la doctrina del pecado original. La siguiente es una lista de los errores más prominentes en la era del Nuevo Testamento.

1. *Pelagianismo*: Hacia el año 400, un monje británico llamado Pelagio, viajó a Roma. Negaba la enseñanza bíblica sobre el pecado original; decía que la caída de Adán fue un mal ejemplo, pero no contaminó a toda la raza humana. Sostenía que las personas nacen sin ninguna virtud o vicio, pero con la capacidad para una y otro. El concilio de Éfeso condenó su enseñanza en 431. Su posición perdura en la Asociación Universalista Unitaria y también entre los comportamentalistas que dicen que las personas llegan a este mundo en un “estado limpio” (*tabula rasa*).
2. *Semipelagianismo*: El error de Pelagio subsistió en una forma modificada. Juan Casiano, un abad de Marsella, en el sur de Francia, en el siglo 5, modificó la enseñanza de Pelagio; enseñaba que la gracia de Dios y la voluntad humana lograban conjuntamente la obra de conversión. De esa manera negaba la corrupción total de la voluntad humana y le atribuía el poder de cooperar con Dios en la conversión y la salvación. El catolicismo romano ha adoptado esta posición respecto de la conversión y la justificación.
3. *Sinergismo*: Philip Melanchthon, un colaborador de Lutero, se desvió del camino después de la muerte de Lutero; enseñó que la voluntad humana fue muy lesionada por la caída en pecado, pero retenía un pequeño poder por el cual la persona podía “poner en práctica la gracia”. Así, Melanchthon enseñaba que hay tres agentes cooperantes en la conversión: Dios, el evangelio, y la voluntad cooperadora de la persona. Esa posición y las de sus seguidores fueron condenadas por la Fórmula de Concordia en el Artículo II. Ese error ha infestado a la iglesia luterana hasta el día de hoy. (Debe notarse que el término sinergismo, en el sentido amplio, se aplica a toda enseñanza en la que el hombre coopere con Dios en su conversión. En sentido más estrecho, el término se aplica específicamente al error de Melanchthon y sus seguidores.)

4. *Arminianismo*: Jacobo Arminio (m. 1609), un profesor holandés de Leiden, Holanda, enseñaba que los pecadores tienen libre albedrío para aceptar o rechazar a Cristo. Así, enseñaba que en el hombre hay un libre albedrío deteriorado pero todavía operante. Su posición ha persistido: en la iglesia metodista y entre los bautistas del libre albedrío, los pentecostales, y las iglesias de la santidad.

La negación del pecado original es un asunto serio, le da a la gente la idea de que pueden alcanzar o ayudar a su salvación, y pueden llevar a depender de las propias obras o decisiones como base para la vida eterna, y hacer que la persona pierda el beneficio de lo que Cristo hizo por nosotros.

Los pecados presentes son cualquier desviación de la voluntad de Dios en: pensamiento, palabra, o hecho

En el Sermón del Monte, Jesús dice: “No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos” (Mt. 7:18). Así, un corazón contaminado por el pecado producirá obras contaminadas por el pecado. Jesús dice también: “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mt. 15:19). Las palabras de Jesús nos dicen que el pecado presente puede tomar la forma de cualquier pensamiento que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. Por ejemplo, Jesús dijo: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt. 5:28). Dios quiere que nuestro corazón esté lleno de pensamientos puros.

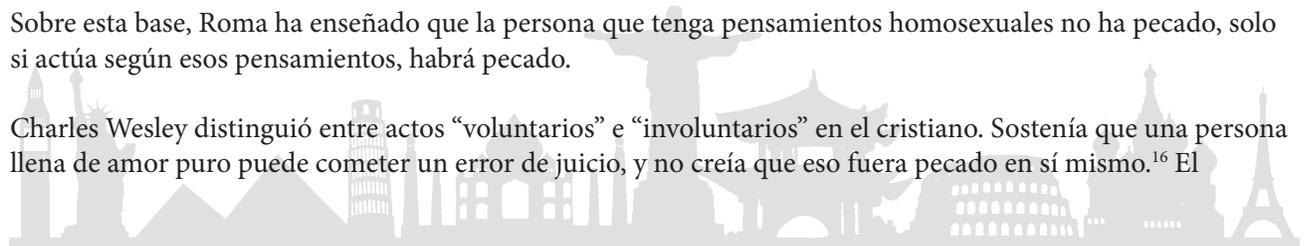
Dios ha reservado las relaciones sexuales para el estado matrimonial, con una persona del sexo opuesto, a quien se ha prometido permanecer fiel hasta que la muerte los separe. Aun cuando se trate de relaciones sexuales en el matrimonio, nuestros pensamientos y deseos no deben ser egoístas. No debemos preocuparnos por nuestra propia gratificación. Eso es egoísmo. Al contrario, Pablo dice: “El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido” (1 Co. 7:3). Las relaciones sexuales vienen dentro del compromiso de amar a la otra persona. Es parte del darse a uno mismo a la otra persona, en amor, para su beneficio. Si miramos a alguien como un simple instrumento por el cual podemos gratificar nuestros deseos (aunque esa otra persona sea el cónyuge), somos culpables: de impureza sexual, de falta de amor a Dios que creó el estado del matrimonio, y falta de amor por el cónyuge a quien hemos prometido fidelidad en: pensamiento, palabra, y obra.

La Biblia enseña que los pensamientos que no están en armonía con la voluntad de Dios son pecado. Infortunadamente, hay muchos en la iglesia cristiana que niegan esto. La Iglesia Católica Romana enseña que el bautismo lava el pecado original, dejando atrás solo lo que llaman concupiscencia. La concupiscencia se define como la inclinación al pecado, que no es pecado en sí misma, a menos que la persona lo haga. En los cánones sobre el pecado original que se formularon en el Concilio de Trento, Roma declaró:

Pero este santo concilio advierte y confiesa que en el bautizado queda concupiscencia o inclinación a pecar, que, por ser dejado en nosotros para que luchemos con ella, no puede causar daño a los que no ceden sino que la resisten valientemente por la gracia de Jesucristo [...] Esta concupiscencia, a la que el apóstol a veces llama pecado, este santo concilio declara que la iglesia católica nunca ha entendido que se llame pecado en el sentido de que es verdadera y apropiadamente pecado en los nacidos de nuevo, sino en el sentido de que es de pecado e inclina al pecado. Y si alguien es de opinión contraria, sea anatema [condenado al infierno].¹⁵

Sobre esta base, Roma ha enseñado que la persona que tenga pensamientos homosexuales no ha pecado, solo si actúa según esos pensamientos, habrá pecado.

Charles Wesley distinguió entre actos “voluntarios” e “involuntarios” en el cristiano. Sostenía que una persona llena de amor puro puede cometer un error de juicio, y no creía que eso fuera pecado en sí mismo.¹⁶ El



evangelicalismo le debe históricamente al metodismo del siglo 18 muchas de sus doctrinas. Por lo tanto, no sorprende oír a muchos predicadores de radio y televisión decir que los hombres tienen por naturaleza deseos por las mujeres, pero que no es un pecado a menos que el hombre lo ponga en práctica. Jesús dijo que el deseo es pecado. Así, el cristiano aborrecerá la pornografía, que tiene como único propósito producir deseo y presentar a alguien como un simple objeto para gratificar los propios apetitos sexuales.

Juan escribe: “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Jn. 3:15). Aquí vemos también que un pensamiento en el corazón que se desvía de la voluntad de Dios es pecado. Dios quiere que amemos al prójimo como a nosotros mismos (Lv. 19:18; Lc. 10:27), que perdonemos como Dios nos ha perdonado (Ef. 4:32). Por eso, no podemos dejarnos tentar por el pecado del odio en el corazón. A los ojos de Dios, odiar al prójimo es lo mismo que asesinarlo. Jesús nos dice que: “del corazón salen [...] los homicidios” (Mt. 15:19). Es homicidio no solo cuando realmente matamos a alguien, sino cuando pensamos en eso o cuando quisiéramos que algo malo le ocurriera a alguien.

Pablo identifica también la codicia como pecado (Ro. 7:7). Codiciar es desear algo que no es legítimamente nuestro. No debemos codiciar los bienes del prójimo, como nos dice el Noveno Mandamiento. Acab codició la viña de Nabot (1 R. 21). No debemos codiciar la esposa de nuestro prójimo, según el Décimo Mandamiento. David codició la esposa de Urías y cometió adulterio con ella (2 S. 11). La codicia es un pecado del corazón que lleva a pecados de palabra y de hecho.

Los pecados presentes toman también la forma de hechos. Todo lo que la persona hace, que sea contrario a la Palabra de Dios, es pecado. Eso ocurre cuando las personas hacen cosas contra la clara prohibición de Dios. En el Primer Mandamiento, Dios prohíbe la idolatría; Israel pecó cuando adoró a los dioses paganos de los cananeos (2 R. 17:7). Dios prohíbe tomar su nombre en vano; los falsos profetas del tiempo de Jeremías pecaron cuando mintieron y dijeron que Dios les dio el mensaje (Jer. 23:25). Dios prohíbe despreciar su Palabra; Israel pecó cuando rechazó el mensaje de los profetas de Dios y los persiguió (Hch. 7:51,52).

Dios prohíbe el irrespeto a los padres y a las autoridades. Absalón desobedeció a su padre y su rey, y pecó contra Dios (2 S. 15). Dios prohíbe matar; Caín pecó cuando tomó la vida de su hermano (Gn. 4). Dios prohíbe el adulterio; David pecó cuando cometió adulterio con Betsabé (2 S. 11). Dios prohíbe robar; Judas pecó cuando robó de la bolsa de los discípulos (J. 12:6). Dios prohíbe decir mentiras sobre el prójimo; Acab y Jezabel pecaron al decir mentiras de Nabot, para quitarle el viñedo (1 R. 21). Dios prohíbe obtener la propiedad del prójimo por “un pretexto de justicia”; Jezabel lo hizo con Acab cuando lo presentó como un blasfemo para con Dios y para con el rey (1 R. 21:9,10), para hacer que Nabot muriera. Dios prohíbe codiciar la esposa del prójimo; David codició la esposa de Urías y pecó contra Dios y contra su prójimo (2 S. 11).

Hacer algo que Dios prohíbe es lo que se llama *pecado de comisión*. Pero, también podemos pecar por no hacer lo que Dios nos dice que hagamos. A eso lo llamamos *pecado de omisión*. Eva pecó cuando le faltó el amor a Dios que la hubiera hecho rechazar la tentación del diablo (Gn. 3). En última instancia, todos los pecados surgen de la falta de amor a Dios. El rey Ocozías, hijo de Acab, violó el Segundo Mandamiento cuando no invocó a Dios en el momento de tribulación (2 R. 1). La gente del tiempo de Nehemías quiso trabajar el sábado, y así violó el Tercer Mandamiento (Neh. 13:15-18). Absalón no amó ni honró a su padre; eso lo llevó a la rebelión (2 S. 15). Caín no amó a Abel, por eso lo mató (Gn. 4). David no llevó una vida casta en pensamiento y cometió adulterio (2 S. 11). Acab no ayudó a su prójimo a mejorar y conservar su propiedad; por eso, se la robó (2 R. 21). Jezabel no habló bien de Nabot, y lo calumnió e hizo que muriera (2 R. 21). Acab no le ayudó a Nabot a conservar su viñedo, por eso lo codició y lo robó. David no instó a Betsabé a permanecer fiel a su esposo, por eso la tentó y cometió adulterio con ella (2 S. 11). No solo es pecado hacer algo que Dios prohíbe, también es pecado no hacer lo que él manda.

¿Cuáles son las causas de pecado presente? El pecado original es la raíz de todo pecado presente; por eso, con frecuencia se llama al pecado original pecado “raíz”. Nuestra falta de justicia y santidad, unida al deseo de

pecar, nos lleva a desobedecer a Dios en: pensamiento, palabra, y obra. El pecado original produce ignorancia espiritual, que hace que la gente peque contra Dios. Pablo persiguió a los cristianos porque pensaba que le hacía un favor a Dios (1 Ti. 1:13). El temor causado por la falta de confianza en Dios puede hacer que la gente peque. Pedro temió por su vida, aunque Jesús le había dicho que fuera a él caminando sobre el agua (Mt. 14:30). La ira movida por falta de amor a Dios puede hacer que la persona quiera hacer daño a otros. Santiago y Juan querían hacer descender fuego sobre los de Samaria, porque no querían aceptar a Jesús, que iba de camino a Jerusalén; querían castigar a personas que Jesús quería salvar (Lc. 9:54,55). El diablo siempre está tratando de hacernos pecar (Ef. 2:2; 1 P. 5:8). El mundo impío es un instrumento del diablo para llevarnos a pecar (1 Jn. 2:16). Las malas compañías pueden llevarnos a pecar (1 Co. 15:33). Los falsos maestros pueden llevarnos a pecar (Ro. 16:17; 2 Ti. 2:17; 2 P. 2:1-3). Pero, finalmente, solo podemos culparnos a nosotros mismos por caer en pecado. Somos responsables de nuestros actos.

Al ver los pecados que cometemos de: pensamiento, palabra, y obra, solo podemos suplicar que Dios tenga misericordia de nosotros. Hemos quebrantado los mandamientos de Dios más de lo que podemos imaginar, y en verdad solo merecemos su justa condenación. Pero Dios es misericordioso; envió a Jesús a guardar los mandamientos por nosotros. Jesús sufrió en la cruz para pagar todos nuestros pecados; y nos dice a todos: “tus pecados te son perdonados” (Mt. 9:2). En gozosa gratitud, nos dedicaremos a hacer la voluntad de Dios como una manera de darle gracias a Jesús por todo lo que ha hecho por nosotros.

Escandalizar es pecado

Jesús dijo: “Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mt. 18:6). Escandalizar es hacer que alguien tropiece en su fe o la pierda. Se puede referir también a poner un obstáculo que impida que una persona llegue a la fe. La palabra griega para ofensa (*skándalon*) se refería a un madero móvil en una trampa que tenía un señuelo. Cuando se movía el madero, la trampa se soltaba. Era algo que mataba. Escandalizar mata la fe.

¿Cómo se escandaliza? Se escandaliza enseñando falsa doctrina (Ro. 16:17); eso puede llevar a la persona a aceptar el error; el error puede debilitar la fe de la persona y hasta destruirla. Se escandaliza dando mal ejemplo; los padres que les dicen a los hijos que sean honestos, pero mienten sobre la edad de los hijos en el cine, para que les den una tarifa de menor costo, escandalizan; les dicen a los hijos que mentir es bueno. Se puede escandalizar con el uso desconsiderado de la libertad cristiana; si persuado a alguien para que haga algo que cree que es un error, lo he escandalizado. Pablo advierte contra animar a alguien en Corinto para que coma carne que la persona sienta que ha sido contaminada por dedicación a ídolos (1 Co. 8). Una persona puede sentirse incómoda al ir a un casino para cenar en el restaurante, porque en ese lugar se juega. Si persuado a alguien para que haga algo que cree que es malo, lo estoy escandalizando.

No queremos escandalizar; por eso nos esforzamos por enseñar la Palabra de Dios en su verdad y pureza, y nos esforzaremos para vivir de manera que honre al evangelio. Ejerceremos nuestra libertad cristiana con amor y consideración por la conciencia de los otros. No queremos que, por nuestras palabras y actos, otros tropiecen en la fe o la pierdan.

Hay escándalo cuando un incrédulo usa las palabras o actos de otra persona como excusa para pecar. Los fariseos usaron las palabras y los actos de Jesús como excusa para hablar mal de él y crucificarlo. Es lo que profetizó Isaías: “Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer” (Is. 8:14a; vea también Sal. 118:22; Ro. 9:30-33; Lc. 2:34; Mt. 21:44; 1 P. 2:8). Cuando hay escándalo, la culpa cae en la persona que usa las palabras y actos de otra como excusa para pecar.



Dios disciplina, Satanás tienta

¿Qué podemos decir de las pruebas que tenemos en la vida? Lutero lo dice bien en la explicación de la sexta petición del Padrenuestro (“No nos dejes caer en la tentación” [Mt. 6:13 NVI]):

Dios, en verdad, no tienta a nadie; pero con esta petición le rogamos que nos guarde y nos mantenga, a fin de que: el diablo, el mundo, y nuestra carne, no nos engañen y seduzcan, llevándonos: a una fe errónea, a la desesperación, y a otros grandes vicios y vergüenzas. Y cuando fuésemos tentados a ello, que al fin alcancemos y retengamos la victoria.¹⁷

Dios no intenta llevar a nadie a pecar, pero permite que vengan pruebas a nuestra vida para mantenernos cerca de él. Job es un notable ejemplo de esto, y José otro ejemplo. Dios nos asegura que dirigirá esas pruebas de modo que obren para nuestro bienestar eterno (Ro. 8:28); también nos asegura que son señales de su amor por nosotros (Heb. 12:7-10); promete que nos sostendrá mientras pasamos por ellas (1 Co. 10:13; Is. 41:10; 43:1,2) y que nos librarán de ellas (2 Ti. 4:18).

Pero, el diablo nos tienta a pecar. Tentó a Eva para que dudara de la palabra y de la bondad de Dios. Tentó a David para que por orgullo contara el número de los soldados de su ejército (1 Cr. 21). Trató de tentar a Jesús para que pecara, pero fracasó (Mt. 4:1 ss.). Nos acecha como el león acecha a su presa (1 P. 5:8), busca el momento de mayor debilidad. Él conoce nuestra debilidad mejor que nosotros y conoce las mejores maneras de aprovecharla. Su propósito es apartarnos de Dios, al pecado y a la condenación eterna. El diablo tiene aliados, trata de seducirnos o engañarnos por medio del mundo impío (1 Jn. 2:15-17). Tiene un aliado dentro de nosotros, nuestra carne pecaminosa (Stg. 1:14).

Por nosotros mismos, no podemos competir con el diablo. Pero nuestro consuelo es que Jesús, el Hijo de Dios, se hizo carne y entró al campo de batalla contra Satanás en representación nuestra. Jesús lo venció, pagó todos nuestros pecados, quebrantó el poder del diablo sobre nosotros, y nos da poder para decirle no al diablo y sí a la voluntad de Dios. Así, pues, al pensar en las tentaciones del diablo, reconoceremos razonablemente nuestra debilidad e indefensión; pero también tendremos la confianza en que la victoria de Jesús sobre Satanás es nuestra victoria por medio de la fe.

La obstinación es endurecer el corazón contra la voluntad y la Palabra de Dios

Cuando viví durante un tiempo en Tucson, Arizona, me admiraba de que algunas personas podían caminar descalzas sobre el pavimento caliente. Finalmente miré los pies de una persona que lo hacía, y descubrí que las plantas de sus pies estaban cubiertas de callos. Los callos son piel muerta, son resistentes al dolor. De manera similar, la gente puede endurecer el corazón al cometer repetidamente el pecado, de modo que ya no sientan el dolor de una conciencia culpable. Pablo habla de eso cuando escribe: “Tales enseñanzas provienen de embusteros hipócritas, que tienen la conciencia encallecida” (1 Ti. 4:2 NVI). Las personas pueden endurecer el corazón pecando repetida y voluntariamente, de modo que ya no le ponen atención a la voluntad ni a la Palabra de Dios.

El faraón de Egipto endureció su corazón contra Dios (Éx. 8:15). Sabía que el Dios de Israel era el Señor, vio los milagros que hizo, y tuvo que admitir que lo que dijo el Señor por medio de Moisés era verdad. Pero aun así se negó a creer, y endureció su corazón hasta que finalmente Dios se lo endureció después de la sexta plaga (Éx. 9:12). Los israelitas endurecieron su corazón en el desierto (Sal. 95:8). Vieron que hirió Dios a Egipto con las diez plagas, fueron testigos de que los llevó Dios a través del mar, sobre tierra seca; vieron que Dios les dio agua de la roca en Refidim; experimentaron la gloriosa victoria de Dios sobre los amalecitas; y vieron la gloria de Dios cuando les dio la ley en el Sinaí. Fueron testigos de la columna de nube en el día y de la columna de

fuego en la noche; vieron el maná que Dios les dio cada mañana (excepto el sábado). Tenían todas las razones para creer en las promesas de Dios, pero se rebelaron contra él nuevamente después de que regresaron los espías de Canaán. Querían regresar a Egipto. Los líderes religiosos del tiempo de Jesús también endurecieron su corazón contra su mensaje; lo vieron: sanar enfermos, alimentar a los hambrientos, y resucitar muertos. Lo oyeron explicar a los profetas del Antiguo Testamento que lo señalaban como el Mesías; pero aun así se negaron a creer, y lo crucificaron.

Las personas endurecen el corazón porque el diablo las lleva en esa dirección; él es el poder que obra en los incrédulos (Ef. 2:2), les endurece el corazón para que no oigan la Palabra de Dios. Pero, en últimas, las personas deben culparse a ellas mismas por endurecer su corazón. La perversa voluntad de los humanos está en rebelión contra Dios. Pecar repetida y voluntariamente endurece el corazón de la persona contra la obra del Espíritu Santo de llevarlos a la fe.

¿Es “terminal” todo endurecimiento? No, no lo es. Cuando Pedro sanó a un lisiado en el templo, les dijo a los presentes: “matasteis al Autor de la vida” (Hch. 3:15), pero también les dijo: “Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes.” (Hch. 3:17). Algunas de esas personas fueron convertidas. Dios todavía penetra en el pétreo corazón y lleva a las personas a la fe. Pero, existe la advertencia de que no sabemos cuánto tiempo más de gracia nos dará Dios. Ananías y Safira cayeron muertos después de que Pedro los reprendió (Hch. 5). David fue vuelto a la fe después de los pecados de adulterio y asesinato; Ananías y Safira no lo fueron. No debemos jugar con el tiempo de gracia; la advertencia del salmista es para la persona que vive en pecado repetido y voluntario: “Si oyereis hoy su voz, o endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba” (Sal. 95:7,8). El escritor del himno también lo expresó bien:

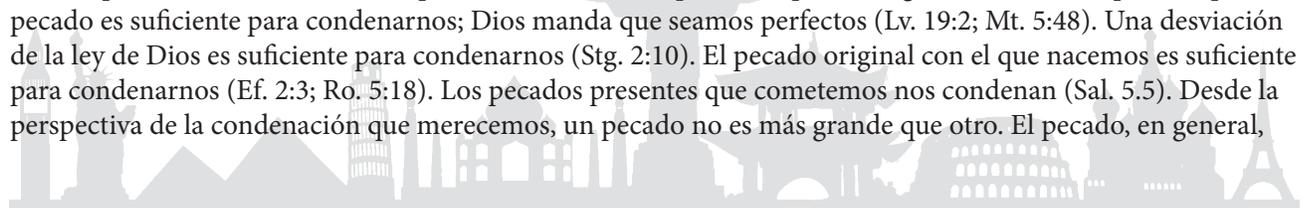
Cristo llama, hoy te llama,
Mas no siempre llamará
Date prisa, que mañana
No tendrás tal vez lugar. (CE 97:3)

A los que endurecen su corazón, les debemos predicar la ley de Dios en toda su dureza; no tratemos de suavizarla, porque debe hacer su obra de declarar culpable al pecador de su pecado. Cuando la ley hace su obra de declarar culpable al pecador, tenemos el privilegio de decirle al pecador arrepentido las buenas nuevas:

Muy pronto yo también iré
A ti, dichoso hogar,
la gracia de mi amado Rey
con ellos a alabar.
Jerusalén, hogar feliz,
Morada para mí;
Mis penas todas cambiaré,
Por gozo y paz en ti. (CC 345:4,5)

La Biblia distingue entre pecados cometidos en debilidad de la fe y pecados cometidos en incredulidad

¿Hay unos pecados peores que otros? ¿Son peores el adulterio y la embriaguez, que la lujuria o la avaricia? Para responder, debemos mirar lo que dice la Biblia al respecto. En primer lugar, la Biblia dice que cualquier pecado es suficiente para condenarnos; Dios manda que seamos perfectos (Lv. 19:2; Mt. 5:48). Una desviación de la ley de Dios es suficiente para condenarnos (Stg. 2:10). El pecado original con el que nacemos es suficiente para condenarnos (Ef. 2:3; Ro. 5:18). Los pecados presentes que cometemos nos condenan (Sal. 5:5). Desde la perspectiva de la condenación que merecemos, un pecado no es más grande que otro. El pecado, en general,



nos pone bajo la condenación de Dios.

Si cualquier pecado es suficiente para condenarnos, ¿cómo podemos ser salvos? Somos salvos por medio de la fe en Jesucristo. Jesús guardó por nosotros los mandatos de Dios; su concepción y nacimiento sin pecado expiaron nuestra concepción y nacimiento pecaminosos. Su vida santa sustituyó nuestras vidas impías. En la cruz, él sufrió el castigo que nosotros merecemos (2 Co. 5:21). Habiendo consumado nuestra redención, Jesús entregó su alma y murió. Resucitó en la Pascua para declarar que todos nuestros pecados fueron pagados. Por medio de la fe en Jesús, se hace nuestro todo lo que él hizo. Su justicia cubre toda mi injusticia. Por lo tanto, la Biblia nos dice que los creyentes en Jesús no están condenados (Jn. 3:18). Todos los que mueren siendo creyentes en Jesús tienen vida eterna (Jn. 3:16). Pero, Jesús dice también que los que mueren sin la fe en Jesús en el corazón, van al infierno (Mc. 16:16). Sin la fe, las personas pierden la salvación que Jesús ganó para ellas, están delante de Dios en la extrema suciedad de su pecado, y Dios tendrá que darles lo que merecen, la condenación eterna (Mt. 25:41). Por eso, la Biblia advierte contra vivir en pecado.

Los cristianos pecan, pero pecan por la debilidad de la carne; el apóstol Pablo describe la condición del cristiano con estas palabras: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Ro. 7:18-20).

Los cristianos pueden morir mientras cometen pecados, pero aun así van al cielo. El creyente puede morir en un accidente en un auto, mientras trata de pasar a otro en la autopista; puede ver a otro auto acercándose a gran velocidad y acelerar para pasar, pero no lo hace a tiempo y muere en una colisión frontal. El creyente pudo morir conduciendo por encima del límite de velocidad; ¿irá al infierno porque murió mientras cometía un pecado contra el Cuarto Mandamiento por desobedecer el límite de velocidad señalado por el gobierno? En última instancia, solo Dios puede ver el corazón en el momento de morir y solo él puede saber si había fe allí o no. Pero, la Biblia nos promete que todo el creyente en Jesús no es condenado. Los creyentes que mueren mientras cometen pecados de debilidad, van al cielo. Esto nos consuela ante la fragilidad de nuestra carne; a pesar de esa fragilidad, Dios puede preservarnos en la fe para la vida eterna.

Pero la Biblia también nos advierte que no nos sintamos demasiado cómodos con el pecado. El pecado persistente y deliberado puede destruir la fe (Ef. 4:30) y hacer que perdamos la salvación. El pecado deliberado y persistente es señal de incredulidad. Como escribe Pablo: “Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza, y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismo, y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas. Les advierto ahora, como antes lo hice, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gl. 5:19-21 NVI). Pablo dice que aquellos cuya vida se caracteriza por estos pecados no irán al cielo. La persona que profesa ser cristiana, pero conduce persistentemente por encima del límite de velocidad, o se emborracha, debe examinar su corazón. El pecado persistente y deliberado no es consistente con la fe. Los que mueren sin la fe no tendrán vida eterna.

También debemos reconocer que la Biblia habla de algunos pecados que son más penosos que otros. Eso tiene que ver con el privilegio y la responsabilidad. Jesús dice: “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc. 12:47,48).

En conexión con su crucifixión, Jesús indicó que Caifás tenía mayor culpa que Pilato, que la ordenó (Jn. 19:11). Caifás tenía el registro de las profecías del Antiguo Testamento y el testimonio y los milagros de Cristo, que confirmaban que él era el Mesías prometido; pero rechazó a Cristo y promovió su crucifixión. Pablo dice que Dios juzgará a los judíos sobre la base de la ley que recibieron, pero juzgará a los gentiles sobre la base de su

conciencia (Ro. 2:12-16). El juicio para los que tenían la ley, pero la desdijeron, será más severo que para los que no tuvieron la ley escrita. La Biblia indica también que habrá grados de castigo en el infierno. Cuanto mayor el privilegio, mayor la responsabilidad. De esa manera, Jesús dijo que será más tolerable el día del juicio para las malvadas ciudades de Tiro y Sidón, Sodoma y Gomorra, que para las ciudades de Corazín, Betsaida y Capernaum, en las que Jesús hizo algunos de sus más grandes milagros (Mt. 11:20-24).

Algunos luteranos han dicho que los pecados de debilidad son pecados veniales y que los pecados de incredulidad son mortales, pero, hay que tomar con precaución la distinción. La Iglesia Católica Romana distingue entre pecados mortales y veniales, lo que no está de acuerdo con la Escritura. Roma enseña que ciertos pecados, en y por ellos mismos, son más graves y por eso merecen la condenación eterna, mientras que otros pecados son menos graves y solo merecen disciplina temporal. Los siete pecados “mortales” mencionados son: orgullo, avaricia, envidia, ira, lujuria, glotonería, y pereza (llamada acedia o apatía espiritual)¹⁸. Roma habla de dos tipos de castigo por los pecados; los pecados mortales merecen la condenación eterna. Si una persona muere sin confesar esos pecados, va al infierno. Todos los pecados, sean mortales o veniales, tienen “castigo temporal”. Para purificarse de esos pecados, la persona debe hacer enmienda de ellos, ya en este mundo o en el purgatorio.¹⁹ A todos los católicos se les exige confesar todos los pecados mortales,²⁰ Roma recomienda, pero no exige la confesión de los pecados veniales.²¹

La distinción entre pecados mortales y veniales, junto con el “sacramento” católico romano de la penitencia, agobia la conciencia y les quita a las personas el consuelo del evangelio. Como señaló Lutero:

En relación con la confesión, las cosas estaban del modo siguiente: Cada cual debía relatar todos sus pecados (cosa completamente imposible), lo que era un gran tormento. Sin embargo, los [pecados] que había olvidado le eran perdonados bajo la condición de que los confesara cuando los recordase.

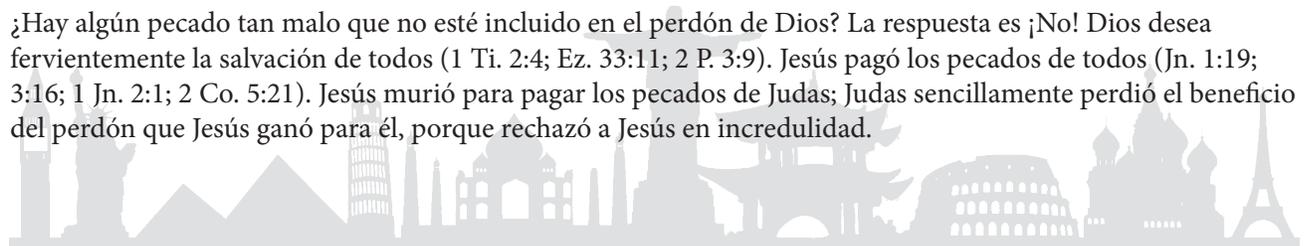
No podía saber jamás si se había confesado con bastante pureza o cuando alguna vez debería tener un fin la confesión. No obstante, era remitido a sus obras y se le decía que cuanto con mayor pureza se confiese un hombre y cuanto más se avergüence y humille ante el sacerdote, tanto más pronto y mejor satisfará por sus pecados, pues tal humildad adquirirá con certeza la gracia de parte de Dios.

Aquí no había tampoco ni fe ni Cristo y no se le anunciaba la virtud de la absolución, sino que su consuelo consistía en recuentos de pecados y avergonzarse. Pero no es aquí el lugar de relatar cuántas torturas, canalladas e idolatrías ha producido tal clase de confesión. La satisfacción es cosa aún más compleja, pues ningún hombre podía saber cuánto debía hacer por un solo pecado y mucho menos por todos. Imaginaron entonces un recurso, es decir, imponían escasas satisfacciones que se podían cumplir fácilmente: como cinco padrenuestros, un día de ayuno, etc. Para el resto del arrepentimiento lo remitían al purgatorio.

Aquí no había tampoco sino miseria y aflicción. Algunos pensaban que nunca saldrían del purgatorio, porque de acuerdo con los antiguos cánones, a un pecado mortal se le adjudicaban siete años de penitencia. (AE III III: 19-22)

El pecado contra el Espíritu Santo hace imposible el arrepentimiento

¿Hay algún pecado tan malo que no esté incluido en el perdón de Dios? La respuesta es ¡No! Dios desea fervientemente la salvación de todos (1 Ti. 2:4; Ez. 33:11; 2 P. 3:9). Jesús pagó los pecados de todos (Jn. 1:19; 3:16; 1 Jn. 2:1; 2 Co. 5:21). Jesús murió para pagar los pecados de Judas; Judas sencillamente perdió el beneficio del perdón que Jesús ganó para él, porque rechazó a Jesús en incredulidad.



Entonces, ¿cómo explicamos las siguientes palabras de Jesús: “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mt. 12:31,32; vea también Lc. 12:10)? En primer lugar, la Biblia enseña que el perdón de los pecados es una realidad objetiva. Cuando Jesús murió en la cruz, Dios declaró “no culpable” a todo el mundo, por causa de Jesús (cf. 2 Co. 5:21). El pecado contra el Espíritu Santo no es un pecado contra la persona del Espíritu Santo sino contra su oficio, que es llevarnos a la fe. Es un: persistente, deliberado, malicioso, y blasfemo rechazo del evangelio por pecadores endurecidos que han sido completamente convencidos de su divina verdad.

No se debe confundir este pecado con la impenitencia final (Mc. 16:16), porque todas las personas, por naturaleza, resisten al Espíritu Santo (Ro. 8:7). No es blasfemia que venga de ignorancia espiritual. Pablo se llamó a sí mismo blasfemo, y fue salvado (1 Ti. 1:13). No es negación de Jesús causada por el temor, como en el caso de Pedro en la casa de Caifás (Lc. 22:61,62). Ocurre en aquellos a los que se les ha dado clara prueba de las afirmaciones de Jesús y las han rechazado.

El escritor a los hebreos dice: “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (6:4-6). También escribe: “Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados. Sólo queda una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios” (10:26,27 NVI). Juan indica que es imposible reconocer cuando alguien ha cometido ese pecado espiritualmente mortal (1 Jn. 5:16).

La razón por la que el pecado contra el Espíritu Santo es llamado el pecado imperdonable es que, por su naturaleza, hace imposible el arrepentimiento y la fe. Es un rechazo deliberado y persistente de la obra del Espíritu Santo para darnos el perdón de Cristo por medio de la fe. Algunos han sostenido que el pecado contra el Espíritu Santo ocurre solo en creyentes que han caído de la verdad y han endurecido el corazón; otros han indicado que creen que los incrédulos también pueden cometer este pecado cuando ven la convincente evidencia de las verdades de Cristo, pero aun así las rechazan.

¿Cómo tratamos este pecado? Si vemos a alguien que persistentemente endurece el corazón contra la obra del Espíritu Santo por medio del evangelio, tenemos que advertirle el peligro de endurecer el corazón. Quizá no tengamos el discernimiento del que habla Juan, para reconocer cuando se ha cometido ese pecado (1 Jn. 5:16), pero ciertamente debemos advertir a las personas del peligro que hay en el persistente y deliberado endurecimiento del corazón contra la verdad de Dios.

Por otra parte, ¿qué hacemos si alguien viene a decirnos que teme haber cometido ese pecado? Lo lógico sería decirle que no ha cometido ese pecado, porque se preocupa por eso; si hubiera cometido ese pecado, no estaría preocupado. Es un enfoque lógico, pero no le hará ningún bien a la persona, todo lo que haríamos es volverla a su propia vida, respecto de la cual ya está desesperada. A cambio de eso, señátele a Jesús, que pagó los pecados de todo el mundo. Solo las buenas nuevas de que Dios ha perdonado todos nuestros pecados, le permitirán al Espíritu Santo encender en el corazón la convicción de que ese perdón es nuestro por medio de la fe en Jesús.

~~~~~

## Notas finales

<sup>1</sup>“Roman Catechism” I, 2, 18, citado por Francis Pieper, *Christian Dogmatics*, Vol. 1 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1950), pág. 520.

- <sup>2</sup>Luther's Works, Vol. 2, pág. 141.
- <sup>3</sup>Luther's Works, Vol. 1, págs. 66,67.
- <sup>4</sup>Heinrich Vogel, "El concepto del alma en el Antiguo Testamento," en Preciosa herencia, Vol. 2, pág. 168.
- <sup>5</sup>McBrien, Catholicism, pág.106.
- <sup>6</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 375.
- <sup>7</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 390.
- <sup>8</sup>Conway, The Question Box, págs. 329,330 (énfasis añadido).
- <sup>9</sup>Abbot, The Documents of Vatican II, n. 11, pág.118-121; and Catechism of the Catholic Church, n. 110, pág.32.
- <sup>10</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 366.
- <sup>11</sup>Robert Girdlestone, Synonyms of the Old Testament (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, a reproduction of the 1897 edition), págs. 76-86.
- <sup>12</sup>Richard Trench, editor, Synonyms of the New Testament (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, a reprint from the 1880 edition) págs. 241-249.
- <sup>13</sup>Girdlestone, Synonyms of the Old Testament, págs. 76,77.
- <sup>14</sup>McBrien, Catholicism, pág.1092.
- <sup>15</sup>Schroeder, The Canons and Decrees of the Council of Trent, pág.23.
- <sup>16</sup>Citado por F. E. Mayer, "Plain Account of Christian Perfection," in The Religious Bodies of America (St. Louis: Concordia Publishing House, 1961), pág.293.
- <sup>17</sup>Catecismo Menor de Lutero (WELS), pág.12.
- <sup>18</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1866.
- <sup>19</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1472.
- <sup>20</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1456.
- <sup>21</sup>Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1458.

